LA CABRA TIRA AL MONTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrenada en el teatro de Variedades.



N.° 209.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

PERSONAS.	ACTORES.
EUGENIA.	Doña Teodora Lamadrid.
DOÑA CELEDONIA. LA BARONESA. . .	Doña Mercedes Buzon.
CASILDA.	Doña María Rodriguez.
DOÑA INÉS.	Doña Lorenza Campos.
PETRA.	Doña Cristina Ossorio.
EL MARQUÉS. . . .	Don Joaquin Arjona.
FERNANDO.	Don Manuel Ossorio.
DON PRÓSPERO. . . EL BARON.	Don José Calvo.
HILARIO. . . . . . ARTURO.	Don Fernando Ossorio.
COSME.	Don Mariano Serrano.

Damas y caballeros.

El autor agradece en estremo á la apreciable actriz *Doña Mercedes Buzon* haberse encargado del papel de *Doña Celedonia*; aunque no es de su carácter.

ACTO PRIMERO.

La accion de este acto pasa extramuros de la ciudad de Ávila en el año de 1834. En el foro la fachada y puerta practicable de una casa de labrador: delante de la puerta habrá un cobertizo con emparrado. Arboleda á derecha é izquierda. La casa se comunica por la derecha del actor con la poblacion y con el camino de Madrid.

Aparecen bajo el emparrado, sentados en sillas rústicas, doña Inés, Eugenia, Petra y Fernando; doña Inés haciendo media, Eugenia ocupada en algun bordado manual, Petra hilando y Fernando con un libro en la mano. Las dos primeras vestirán á la moda de la época; pero con modestia y sencillez: Fernando y Petra, como los labradores del país.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS.—EUGENIA.—FERNANDO.—PETRA.

FERN. Aquí acaba el capítulo. A la noche, si á ustedes les parece, continuarémos la lectura.
D.ª INES. ¡Tan pronto la deja usted!
FERN. Tengo que ir á una diligencia forzosa.
D.ª INES. Lo siento. Lee usted con tanta expresion, que cuando le oigo olvido mis dolencias.
FERN. Mi mayor placer, señora, seria el ver á usted completamente restablecida.
D.ª INES. Gracias, Fernando. Ya estoy más animada, más

ágil y voy recobrando el apetito. Todo lo debo al esmero, á la afectuosa solicitud con que usted y su buen padre me cuidan y me agasajan.

FERN. No me sonroje usted, señora. ¿Qué hacemos en eso sino cumplir un deber muy grato á nuestros corazones leales y agradecidos?

D.ª INES. (¡Qué excelente muchacho!)

FERN. Y sin duda, más que nuestro rústicos obsequios, aunque con tan buena voluntad ofrecidos, contribuyeron á la mejoría de usted la vida del campo y lo sano y fresco de este clima.

D.ª INES. Con todo, me parece que á mi Eugenia no le prueba tan bien como á mí...

EUGENIA. Sí tal.

D.ª INES. No lo extraño. Todas las complexiones no son iguales.

EUGENIA. Pero ¡si yo estoy buena!

D.ª INES. No digo que estés enferma; pero algo desmejoradilla... ¿Echas de menos la córte?

EUGENIA. ¡Oh, no, mamá! Ni necesito jurarlo: bien sabe usted que para nosotras tiene pocos atractivos.

D.ª INES. ¡Ah, es verdad!

FERN. ¿Y para quién los ha de tener miéntras no desaparezca del todo la terrible epidemia que ha diezmado sus habitantes? Más dichosa es, siquiera bajo ese aspecto, esta pobre comarca, pues Dios ha querido preservarla de semejante calamidad.

EUGENIA. Papá se obstinó en quedarse allí. Este es mi único recuerdo de Madrid, y bien triste por cierto. Si mis ojos le vieran como ven á mi querida madre,... en Ávila se encerraria para mí todo el universo.

D.ª INES. (No me ha mirado á mí sola. ¡Pobre niña!) ¿Y podré saber, Fernando, qué diligencia es esa?

FERN. Cosas de la labranza... Como mi padre está en la féria de El Barco, y no volverá hasta dentro de cuatro ó cinco dias...

PETRA. ¡Sí, cosas de la labranza!... No lo crea usted, señora.

FERN. ¡Petra!

PETRA. Lo he de decir aunque me llame usted bachillera.

Es que hoy se hace la quinta, y como entra en sorteo...

EUGENIA. (¡Cielos!)

PETRA. Tiene que asistir á él...

FERN. *(Con un suspiro mal reprimido.)* (¡Ah!) En efecto...

D.ª INES. Pero eso no nos debe inquietar mucho. La suerte le puede ser á usted favorable, y en todo caso, siendo hijo de un labrador acomodado y bien quisto, sin grande extorsion podrá usted comprar un sustituto.

FERN. Es cierto; pero... yo no tengo aversion á la honrosa carrera de las armas...

EUGENIA. *(Casi llorando.)* (¡Oh Dios mio!)

D.ª INES. Ya lleva usted muy adelantada la de leyes, y sería un dolor...

FERN. ¿Quién sabe lo que el destino le reserva? Pudiera ser tal mi suerte, que envidiara la de soldado.

D.ª INES. No comprendo... (¡Demasiado!) Con bienes de fortuna, en la flor de la vida, gozando de robusta salud, del amor de su padre y de la estimacion de todos, ¿qué pesares puede usted tener hoy ó presentir para mañana?

FERN. ¡Ah señora! Para juzgar de la felicidad ó la desgracia de cada uno, sería preciso sondear su corazon, y si yo osara descubrir el mio, ó usted penetrase en él, le parecerian muy fundadas mis melancólicas reflexiones.

D.ª INES. Cualquiera que sea su causa, no debe usted olvidar que es el único apoyo y el consuelo y el orgullo de un padre anciano.

FERN. Gracias á Dios, no necesita que mis brazos le sustenten, y cuando él supiera que yo no podria sobrevivir al golpe que me amenaza, preferiria que fuese á buscar en el campo de batalla una muerte gloriosa.

D.ª INES. ¡Santo Dios!... ¿Qué golpe es ese? Ó es muy distinto del que presumo, ó cuanto siento y veo desmiente esos funestos presagios.—Habla tú, Eugenia.—Pero harto hablan esas lágrimas que ya no puedes contener.

EUGENIA. *(Levantándose para echarse en los brazos de*

doña Inés, que se levanta tambien y la recibe en ellos.) ¡Madre mia!...

FERN. ¡Ah señora!... *(Quiere arrodillarse, doña Inés se lo impide, y tomando de las manos á los dos jóvenes se adelanta con ellos hácia el proscenio.)*

D.ª INES. ¡Quieto! ¿Vá usted á acusarse de que ama á mi hija, como si fuera un delito? ¿Y por qué? Ó ella lo merece, ó mucho me ciega mi amor de madre.—¿Te avergüenzas tú acaso de corresponderle?

EUGENIA. ¡No, mamá!... Si me avergozase, no le amaria. En este corazon que nunca hizo latir el remordimiento, en este corazon que usted ha formado no cabe ningun afecto de que no pueda gloriarme á los ojos de Dios y á los del mundo.

D.ª INES. ¿Lo oye usted?

FERN. Sí, señora; pero aunque esos dulces acentos colmen de júbilo mi alma enamorada, ántes me acobardan que me envanecen, porque no es posible amar sin suspirar por la posesion del objeto amado, y ¿quién soy yo para aspirar á tanta dicha?

D.ª INES. Y, dejando aparte las hipérboles del amor, á que las madres no son por cierto menos propensas que los amantes, ¿quién es ella para que usted desespere de obtener su mano?

FERN. ¡Oh! es usted una santa, ¡y yo...

D.ª INES. ¡Y usted me hacia el agravio de confundirme con el vulgo de las mujeres!

FERN. ¡Señora!...

D.ª INES. Sí, Fernando, y no me admiro; que el vulgo es más numeroso de lo que creen algunos, y tambien tiene el suyo la aristocracia.—En suma, os amabais tiempo ha...

EUGENIA. Desde que nos vimos.

D.ª INES. ¡Y no os atrevíais á decírmelo por temor de que yo contrariase vuestro cariño! Mirad: si me habeis ofendido atribuyéndome una vanidad tan opuesta á mi carácter y tan impropia de mi situacion, aun más con haber supuesto que pudieran haberse ocultado vuestros amores á mi vigilancia.—Alentáos: yo los he visto nacer sin inquie-

tud, y ya estaríais desposados si para cumplir vuestros deseos bastasen mi asentimiento y mi bendicion.

EUGENIA. ¡Oh dicha!

FERN. ¡Oh bondad!

D.ª INES. No hay aquí bondad, sino justicia y buen sentido. Soy hija de un título de Castilla y no desprecio los blasones de mi casa; no es ménos ilustre la familia de mi marido; pero por eso ¿he de desdeñar para yerno al hijo de un hombre de bien.

FERN. Que ha servido á su padre de usted, al señor Conde.

D.ª INES. No le sirvió: un arrendador no es un criado, y en punto á linajes, digo con el proverbio: *cada uno es hijo de sus obras*, porque creo que la verdadera nobleza no está en los escudos de armas, sino en el corazon. ¿Qué haria yo con inspirar á mi Eugenia una altivez que choca con las costumbres del siglo, y fieros aristocráticos que la condenasen tal vez á marchitarse en perdurable soledad?

FERN. No es Eugenia de las que pueden temerla. Con tantas gracias, donde quiera tendria adoradores, y el más linajudo se honraria con tal esposa.

D.ª INES. ¡Sin dote!... Bien se vé que usted no conoce el mundo y que por su corazon juzga de los ajenos. Pero mi hija, amaestrada en el infortunio como yo, sabe ser tan sencilla en sus gustos y tan modesta en sus deseos como cumple á su estado. Ella prefiere, y hace bien, vivir oscura, pero tranquila; no opulenta, pero amada, con el esposo de su eleccion, á contraer, más por obediencia que por amor, vínculos, muy ajustados sin duda á las leyes de la heráldica, pero fecundos quizá en lágrimas y amarguras.

EUGENIA. ¡Madre de mi vida!

D.ª INES. Ya ve usted, Fernando, que no soy tan generosa como usted pensaba. Ya ve usted que en este asunto se mezcla, como en todos, el interés.— ¡Yo no quiero que mi hija sea tan desventurada como yo!

FERN. Hacerla feliz será mi único conato.

D.ª INES. Es que no lo será ella sola, porque ha de tener usted entendido que yo no pienso separarme de su lado.

EUGENIA. ¡Oh! Ni yo lo consentiría.

D.ª INES. ¿Ve usted en qué ha venido á parar tanta bondad? En convencer á usted de que soy una egoista.

FERN. *(Á Eugenia.)* Su manía de usted se ha empeñado en abochornarme.

D.ª INES. Cuente usted con una suegra perene.

FERN. Con una madre á quien amaré tanto como á la que oye mis votos desde el cielo.

D.ª INES. *(Mostrando á Eugenia.)* ¡Dichosa yo que tengo esta prenda con que desempeñarme de una deuda sagrada! Huyendo de Madrid, ménos por temor al cólera que por salvar de los horrores de la miseria y de la humillacion á la hija de mis entrañas, y poniendo en salvo el resto de mi dote, ántes que mi marido acabase de derrocharlo, vine á pedir hospitalidad por unos dias á su padre de usted, mientras hallaba una decente vivienda para Eugenia y para mí. Su acogida fué cordial, generosa sobre todo encarecimiento. Con motivo de las vacaciones, y tambien á causa de la epidemia, se cerraron las aulas de Alcalá, y volvió usted pocos dias despues al hogar paterno, y á vestir ese honroso aunque humilde traje.

FERN. Es el que usa mi padre, y en Ávila no llevaré otro mientras mi padre viva.

D.ª INES. No seré yo quien lo repugne, ni Eugenia tampoco.

EUGENIA. No por cierto. Con él ha sabido cautivar mi alma, y como á otros no presta ni gracia, ni talento, ni instruccion, ni nobles instintos el ropaje cortesano, no ha oscurecido, ántes ha realzado el vestido de labriego las cualidades que distinguen á mi digno huésped.

FERN. ¡Angel mio!... Yo voy á enloquecer de alegría.

D.ª INES. Mis achaques por un lado, y por otro la calculada incuria de padre é hijo para buscarnos casa, han dado ocasion para que vuestro recíproco afecto se haya hecho con el tiempo y con el

trato cada dia mas entrañable; y yo me he complacido en ello porque pareceis nacido el uno para el otro, y porque estoy persuadida de que no sin designio os ha juntado la Providencia. No basta, sin embargo, mi vénia para que os caseis; necesitais tambien la de mi marido; pero mi maternal prevision se ha anticipado á vuestros ruegos.

EUGENIA. ¡Es posible...

FERN. ¡Y aun negará usted que es la mas bondadosa de las mujeres!

D.ª INES. Ya hace algunos dias que le escribí manifestándole vuestro anhelo y el mio, las circunstancias del novio, su porvenir, y lo conveniente que es por todos conceptos la boda proyectada.

EUGENIA. ¡Ay! Yo temo que la desapruebe.

D.ª INES. No lo creas. Me he esforzado á convencerle de que en ella estriba su bienestar, y ya que él no ha sabido procurártelo, no tiene derecho ni tendrá valor para impedir que se lo debas á otro.

FERN. Pero como yo no puedo, aunque bien nacido, ostentar una ejecutoria...

D.ª INES. Yo espero que eso no será obstáculo para obtener mi consentimiento. Habituado años ha á una vida agitada y desastrosa, todo le es ya indiferente, ménos el fatal propósito de perseverar en en ella, y todas sus pasiones, aun las del orgullo de la cuna, se han extinguido en él, á excepcion de una sola; ¡la del juego!, odioso orígen de su ruina, su descrédito y de esta negra melancolía que abreviará mi existencia... ¡No, no! Á vuestro lado viviré satisfecha, alegre. Ya me siento rejuvenecida... No, no os sobresalteis. El que habeis oido será el postrer recuerdo de mi malograda juventud, y este llanto no es ya de dolor sino de inefable alborozo.

EUGENIA. ¡Madre adorada! (*Se echa en sus brazos.*)

FERN. (*Besando la mano á doña Inés.*) ¡Madre mia!

D.ª INES. (*Abrazándole.*) Asi quiero yo que me llames.— Pero no demos lugar á que pase alguno y se burle de nosotros por incapaz de comprender la pureza de nuestras sensaciones.—Vé pues, hijo mio, á saber tu suerte.

FERN. Si, sí. Ahora que soy tan feliz sentiré más que antes caer soldado; que aunque no tengo ya la menor vocacion de serlo, pronto voy á ser hombre de obligaciones; ¿verdad?, y lo que habia de gastar pagando mi reemplazo, mejor empleado estará en el regalo de mi esposa... y de mi madre. (*Aprieta la mano á las dos y luego que vuelve la espalda se enjuga las lágrimas.*)

ESCENA II.

DOÑA INÉS. EUGENIA.

D.ª INES. ¡Qué honradez la de ese jóven! ¡Qué buena índole! Yo te doy el parabien y me le doy á mí misma... Pero ¿no es aquella doña Celedonia?

EUGENIA. Sí, y á nosotras se dirige.

D.ª INES. ¡Mujer antipática si las hay!

ESCENA III.

DOÑA INÉS.—EUGENIA.—DOÑA CELEDONIA.

D.ª CEL. (*Vestida con más lujo que buen gusto y afectando un señorio que no le es natural.*) Señoras mias, tengo la dignacion... (*Da la mano á doña Inés y á Eugenia.*)

EUGENIA. (El honor querrá decir.)

D.ª INES. Sea usted muy bien venida.

D.ª CEL. ¿Qué tal? ¿Está ustez ya fuerte, doña Inés?

D.ª INES. Mejor estoy, ¿y usted?...

D.ª CEL. Yo, impermeable, gracias á Dios. La chica, ¡tan guapa!

EUGENIA. Servidora de usted.

D.ª CEL. Muy señorita mia. (*Á doña Inés.*) ¿Y el pariente? ¿Ha tenido ustez noticias...

D.ª INES. Está bueno.—Pero sírvase usted de pasar adentro...

D.ª CEL. Bien estamos aquí. Esta visita no es de etique-

ta, sino de confianza. Ya vé ustez que vengo en *negliché*...

D.ª Ines. (¡Fátua!)

Eugenia. (¡Necia!)

D.ª Cel. Sin embargo, acecto, porque vengo á hablar á ustez de un asunto importante.

Eugenia. (¿Qué será?)

(Doña Inés se adelanta hácia la puerta: Petra se levanta.)

D.ª Ines. Pase usted, pues... (¿Qué querrá?)

D.ª Cel. No; ustez primero.

D.ª Ines. Suplico...

D.ª Cel. Vaya... *sanfachon*.

(Entra delante, y la siguen doña Inés y Eugenia.)

ESCENA IV.

Petra.

¡Miren qué tono se dá y qué peripuesta se nos viene la administradora! Pero aunque la mona se vista de seda... Creerá que no sabemos por acá lo que fué en sus verdes años. Una triste oficiala de modista; y porque su marido ha hecho su agosto con la administracion, la echa de señorona... Pero ¿qué embajada será la suya? ¡Eh! no me importa. Mejor quiero pensar en la boda que se prepara. ¡Jesus! me alegro tanto como si fuese yo la novia. ¡Pobres señoritos! Estaban que se les podia ahogar con un cabello. ¡Y qué buena pareja! Ni con un candil... Pero recojamos estos chismes y entremos... (*Recoge su rueca, las otras labores y el libro.*)

ESCENA V.

Petra.—Hilario.

Hilario. *(Vestido como señorito de lugar.)* (¡El número uno, y sacado por mis propios dedos! Es cosa de chupármelos de gusto... A bien que tanto se

me dá como se me dá tanto. Padre es rico...) *(A Petra cuando ya va á entrar en la casa.)* ¡Eh, muchacha!

PETRA. *(Volviendo la cabeza.)* ¿Quién llama?... ¡Ah, don Hilario!

HILARIO. Ven acá.

PETRA. *(Sin acercarse mucho.)* ¿Qué se ofrece?

HILARIO. Preguntarte si ha venido mi madre...

PETRA. Sí, señor; adentro está.—Con permiso...

HILARIO. *(Acercándose.)* Espera. Queria decirte tambien que me hacen mucho tilin tus ojuelos...

PETRA. ¡Bah!

HILARIO. Que ese refajo me saca de mis casillas...

PETRA. ¡Para la tonta que lo crea!

HILARIO. Y que me entusiasmo mirando ese justillo... é islas adyacentes.

PETRA. Vaya usted á otra con esos chicoleos, que yo...

HILARIO. *(Asiéndola del brazo.)* No seas arisca.

PETRA. *(Haciendo por desasirse.)* ¡Suelte usted!

HILARIO. No te suelto hasta que me des...

PETRA. Con la rueca. *(Le da con ella, se suelta y entra en la casa.)*

ESCENA VI.

HILARIO.

¡Chica!... ¡Vaya un argumento... contundente y una virtud cerril! El dia se presenta aciago. Con esto y con que la otra niña diga nones... me redondeo. Entremos, que madre me estará esperando... Ella sale.

ESCENA VII.

HILARIO.—DOÑA CELEDONIA.

D.ª CEL. (¡Á mí tal bochorno! ¡Uf! Volada estoy...)

HILARIO. ¡Mamá!

D.ª CEL. ¡Ah! ¡estabas aquí, Hilarito! Me alegro de que no hayas entrado.

HILARIO. Segun eso, el viaje de usted no ha sido muy feliz, que digamos.

D.ª CEL. ¡Quijotas! Vanidaz y pobreza, en una pieza.

HILARIO. Eso es decir que me han dado calabazas.

D.ª CEL. Cabalito. Ello sí, la doña Inés, como es tan gazmoña y tan remilgada, ha hecho por dorar la píldora, pero no la digiero yo á dos tirones.

HILARIO. ¿Pues sabe usted lo que yo digo, mamaita?

D.ª CEL. ¿Qué?

HILARIO. Que ese réspice le está á usted muy bien empleado. Maldita la prisa ni la necesidad que tenia yo de casarme, y ménos con una damisela... muy bonita, eso sí, pero tan dengosa y tan ensimismada...

D.ª CEL. ¡Eh! no por su linda cara la buscábamos tu padre y yo para nuera.

HILARIO. Ya estamos en que el busílis no es ese, sino que padre recibió ayer una carta donde le dicen que el marqués de Ribasaz, cuñado mayor de doña Inés, y por consiguiente, tio carnal de la moza por parte de padre, ha muerto del cólera en Sevilla, y tambien ha espichado su hijo único.

D.ª CEL. Y con la muerte de ambos, el padre de Eugenia, don Álvaro, está ahora muy en peligro de ser marqués, y si te casases tú con su hija heredarias el título tarde ó temprano.

HILARIO. ¡Bah! esas son cuentas galanas. En primer lugar, no sabemos si don Álvaro consentirá en la tal boda.

D.ª CEL. ¡Toma! Á dos manos. Pues ¿no sabes que está entrampado hasta los ojos y no tiene ya sobre qué caerse muerto? Y de juro no sabe él la novedaz, porque ya hace años que no se carteaba con el marqués; y así, de sopeton, era fácil cogerle la palabra.

HILARIO. Es que hay todavía otro hermano de por medio, mayor que él, y en quien recae por de pronto el marquesado.

D.ª CEL. Pero es solteron.

HILARIO. Pero se casará el dia menos pensado, porque probablemente no habrá hecho voto de castidad. Y ademas, ¿no ha podido la marquesa viuda quedar en estado interesante?

D.ª Cel. ¡Oyes, pues todo pudiera ser!

Hilario. Ya veo que tengo yo mas cacúmen que ustedes. Ni ¿qué falta nos hace una prebenda tan problemática? Padre tiene ya el riñon bien cubierto, que es la verdadera ejecutoria, y novias me saldrán á porrillo cuando haya de entrar en el gremio; que por mi gusto no será tan pronto, porque asi estoy mas á mis anchas, y con barro á mano, ya vé usted,... nunca falta un trapillo...

D.ª Cel. ¡Calla, libertinazo! Pues á mí no me acomoda que andes así..., á picos pardos. El mejor dia te atrapa una bribona...

Hilario. No hay cuidado: tengo yo, aunque mozuelo, muchos colmillos.—Y mire usted, entre las menestralas y labradoras, que son mi plato favorito...

D.ª Cel. ¡Cómo! ¿Qué lenguaje es ese...

Hilario. Entre ese ganado hay tesoros de gracia, de hermosura... y hasta de virtud, ¡mal que me pese! y si mi voto valiera...

D.ª Cel. Voto impertinente. Tú eres un caballero.

Hilario. Convengo; pero soy muy original en todas mis cosas y... Vamos, no lo puedo remediar, me muero por un aparejo redondo.

D.ª Cel. Pues es preciso que tengas mejor paladar, que tú no te has criado en las malvas. ¡Oiga!

Hilario. Estoy en eso.

D.ª Cel. Porque el decoro... ¿Estamos? Las leyes de la sociedaz...

Hilario. Ya sé que hay que atemperarse á ellas, y cuando me dá por lo exquisito, doy quince y falta al mas estirado *dandy*.

D.ª Cel. Eso, eso quiero yo. No tardarémos en volver á la córte, que el cólera vaya de capa caida; y lo deseo porque allí perderás esos malos resabios.

Hilario. Es probable.

D.ª Cel. Y allí te buscaremos un buen partido, ya que esa señorita tiene tanta fantasía.

Hilario. ¡Oh mal aconsejada princesa!... Pero, ya se vé, como apenas me conoce y yo no estaba presente... Si usted me hubiera exhibido, de seguro se prenda de mí. ¡Bah! Ella se lo pierde, y no nos debe dar pena... Peor es lo otro.

D.ª CEL. ¿Qué?

HILARIO. ¡Toma! Que he caido soldado. ¿No se lo he dicho á usted?

D.ª CEL. No ¡Dios mio!...

HILARIO. Pero no hay que apurarse. Se toma un sustituto...

D.ª CEL. Sí, sí; al momento; cueste lo que cueste.

HILARIO. No hay que descuidarse, porque la partida de tropa que ha venido á llevarse los quintos, arreará con ellos dentro de media hora. Lo malo es que hay tanta escasez de mozos...

ESCENA VIII.

DOÑA CELEDONIA.—HILARIO.—FERNANDO.

FERN. (¡Libre! ¡Oh dicha! ¡Cuánto se alegrarán...)

D.ª CEL. Á propósito: puede que ese muchacho... (*Deteniendo á Fernando*) ¡Mocito!

FERN. Señora...

D.ª CEL. ¿Viene ustez del sorteo?

FERN. De allí vengo.

HILARIO. Habrá estado usted tambien encantarado.

FERN. Cierto.

D.ª CEL. Y, aunque sea curiosidaz, ¿qué número ha sacado ustez?

FERN. Uno de los mas altos.

D.ª CEL. Pues mi hijo...

HILARIO. Servidor...

D.ª CEL. Ha sacado...

HILARIO. ¡El uno!

D.ª CEL. Y si quisiera ustez ser su sobrestuto...

FERN. Siento no poder servir á usted, señora.

D.ª CEL. Mire ustez que pagaremos bien.

FERN. No estoy en el caso de venderme á ningun precio.

D.ª CEL. Bien, hijo; por eso no hay nada perdido. Á otro le vendrá muy ancho... Vamos, vamos, que no hay tiempo que perder.

ESCENA IX.

FERNANDO.

Ridículo personaje es la administradora, y su hijo no le vá en zaga... Entremos... ¡Ah!

ESCENA X.

FERNANDO.—EUGENIA.—DOÑA INÉS.

D.ª INES. ¿Ya de vuelta? ¿Y qué nuevas nos trae usted?

FERN. Muy felices. Me ha tocado un número tan alto, que por muchas que sean las exenciones, no es de temer que sea yo llamado á las armas.

D.ª INES. Sea en buen hora una y mil veces.

EUGENIA. El cielo ha oido mis súplicas.

FERN. Con tal intercesora no podia serme contraria la suerte. Ahora, si ustedes me lo permiten, voy á escribírselo á mi padre y le enviaré la carta con un propio.

D.ª INES. Sí, sí; no le retarde usted tan buena noticia. *(Entra Fernando en la casa.)*

ESCENA XI.

DOÑA INÉS.—EUGENIA.

D.ª INES. Ya lo ves, Eugenia; nuestra mala estrella ha perdido ya todo su influjo.

EUGENIA. Dios lo haga, y que mientan mis tristes presentimientos.

D.ª INES. ¡Eh! no seas niña. ¿En qué los fundas?

EUGENIA. No sé...

D.ª INES. Vuelvan á tu pecho como al mio la serenidad

y la confianza. *(Sonriéndose.)* ¡Presagiar nada malo cuando ya tienes dos novios, á falta de uno!

EUGENIA. *(Esforzándose tambien á sonreirse.)* Sí; buen dije es el tal Hilario, si la fama no miente, y donosa la pretension de su madre.

D.ª INES. Por lo menos, tiene el mérito de la oportunidad, ¿eh? *(Ruido de un coche de colleras, que cesa á los pocos momentos.)*

EUGENIA. ¿Oye usted...

D.ª INES. Un carruaje en el camino de Madrid. Veamos si entra ó sale. *(Se acercan á los bastidores de la derecha.)*

EUGENIA. De Madrid viene.

D.ª INES. Sí.

EUGENIA. Y ya ha parado.

D.ª INES. ¡Sin entrar en la ciudad!

EUGENIA. Un caballero se apea...

D.ª INES. Hácia aquí le veo encaminarse. *(Vuelve á oirse el ruido del carruaje y cesa poco despues.)*

EUGENIA. Como el carruaje no puede arrimar porque se lo impide la arboleda... ¿Será para nosotras la visita?

D.ª INES. No; irá á otra casa, que hay mucha poblacion extramuros.

EUGENIA. Aun no se le distinguen bien las facciones... ¡Si fuese papá!

D.ª INES. Bien pudiera ser que viniese á darnos en persona la respuesta.—Y juraria.

EUGENIA. Sí, sí; ¡él es!

D.ª INES. Ya nos ha visto y corre á nuestro encuentro. ¡Qué sorpresa!

EUGENIA. Quisiera volar... y no puedo... ¡Me dá un temblor...

D.ª INES. Ya está aquí... ¡Álvaro!

ESCENA XII.

DOÑA INÉS.—EUGENIA.—EL MARQUÉS.

(Se abrazan.)

MARQ. ¡Hija mia!

EUGENIA. ¡Papá!
MARQ. ¡Inés!... No me esperabais; ¿verdad?
D.ª INES. No. Como no has escrito...
MARQ. Ha sido repentino mi viaje.—Pero mas que mi venida os ha de sorprender el motivo de ella. Volved á abrazarme y pedidme albricias. ¡Os traigo la felicidad!
D.ª INES. ¿Qué dices! (Sin duda consiente...) (*Sale de la casa Fernando, oyendo lo que vá á decir Eugenia se detiene bajo el cobertizo, y observa sin ser visto.*)

ESCENA XIII.

DOÑA INES.—EUGENIA.—EL MARQUÉS.—FERNANDO.

EUGENIA. ¡Padre mio!
FERN. (¿Qué oigo!)
MARQ. Sí; bendigamos al Todopoderoso. Se acabaron los apuros, las zozobras, las privaciones. ¡Ya soy Marqués de Ribasaz!
FERN. (¡Ah!)
D.ª INES. ¡Cómo!...
EUGENIA. (¡Cielos!)
MARQ. ¡Tengo que rezar por dos hermanos y un sobrino!... Pero nada ménos se necesitaba para que yo saliese de trampas y vosotras de ese miserable tugurio.
FERN. (¡Santo Dios!...)
MARQ. Perdonadme, ilustres y queridos manes: yo no deseaba la muerte de nadie; yo os lloro con toda sinceridad; mas ¿cómo no han de serme agradables las consecuencias... ¡A mí, pobre segundon... ¿qué digo? Terceron, que estaba atenido á unas mezquinas asistencias... Pero ¿qué es eso? No tomais parte en mi satisfaccion?—Es decir; satisfaccion hasta cierto punto, que si yo pudiera resucitar á los muertos... ¡Oh plaga horrible!... Mas respetemos los decretos del Altísimo... ¡Hablad! Parece que os habeis quedado petrificadas.

D.ª Ines. No lo extrañes. ¡Nos coge tan de nuevas lo que nos dices!...

Eugenia. ¡La desgracia nos habia enseñado á ser tan moderadas en nuestros deseos!...

D.ª Ines. Toda mi ambicion se limitaba á acabar mis dias en apacible retiro con mi Eugenia y...

Marq. Eso es muy edificante. Yo no condeno la humildad cristiana con que habeis sobrellevado la adversidad. Yo tambien he procurado sortearla como Dios me ha dado á entender; pero sería una solemne simpleza el echar noramala á la fortuna cuando se nos entra por las puertas.

Fern. (¡Infeliz de mí!)

Marq. Por mi parte la saludo con júbilo, con entusiasmo, y no veo la hora de tomar posesion del marquesado para desquitarme de la penuria en que he vivido; para brillar con vosotras en la alta sociedad á que pertenezco y de que me tenia relegado la miseria. ¡Oh! yo haré honor, os lo prometo, á mi esclarecida prosapia, á mi pingüe patrimonio. ¡Quince mil duros de renta! ¿No se dilata vuestro corazon al oirlo? ¡Quince mil duros de renta!... ¡Y dos títulos nobilísimos; Marqués de Ribasaz, Vizconde de Valendrino! Este es para el primogénito, y á falta de varon, á tí te corresponde, mi linda Eugenia. Desde hoy te declaro y nombro vizcondesa de Valendrino.

Fern. (¡Soy perdido!)

Eugenia. ¡Oh padre!, no me engrie...

Marq. Ya lo supongo; pero el nuevo estado nos impone á todos ciertos deberes, de que no podemos prescindir sin mengua nuestra y de los timbres que hemos heredado.—Me hablaste, Inés, en tu última carta de unos amores novelescos, pastoriles...

Fern. (¡Oh!)

Marq. De una boda extravagante...

Fern. (¡Adios mis dulces ilusiones!)

D.ª Ines. Una boda de que yo me honraba y me honraré todavía; una boda fundada en el amor mas puro, en la recíproca conveniencia, en la gratitud...

MARQ. ¡Precioso idilio!; pero si ayer pudo ser oportuno, hoy es un anacronismo. ¿Y quién te ha dicho que, aun sin la herencia inesperada, hubiera dado yo mi única hija al hijo de un patan?

FERN. (¡Ah! ¿Qué espero ya...)

D.ª INES. ¡Alvaro!, no merece ese apodo un labrador honrado, el mas honrado de la provincia. ¡Ah! si hoy abrazas á tu mujer y á tu hija, lo debes á la generosa hospitalidad que en ese hogar han recibido.

MARQ. Yo no seré ingrato á los servicios de esas buenas gentes: se los pagaré con munificencia.

D.ª INES. (¡Oh suplicio!)

MARQ. Pero no consentiré la bajeza de enlazar mi ínclita familia con la de un destripaterrones.

FERN. (No me podré contener si no me alejo.)

D.ª INES. ¡Qué injusto eres y cómo te ciega la prosperidad! No hubieras sido quizá tan escrupuloso hace tres dias.

MARQ. ¡Marquesa!

EUGENIA. De ese á quien trata usted con tan indigno desden podrian aprender, no solo virtud y verdadera caballerosidad muchos que se titulan caballeros, sino gala, cultura, bizarria, y él reina y reinará eternamente en mi corazon.

FERN. (¡Oh prenda adorada!)

MARQ. ¡Ba! Yo me rio de esas protestas.

D.ª INES. (*Abrazando á Eugenia.*) ¡Hija del alma mia!

MARQ. Renunciarás á tan ruines pensamientos, sopena de incurrir en mi justa cólera y de que caíga sobre tu frente mi mal...

D.ª INES. ¡Oh, calla, por Dios!

FERN. (*Con resolucion.*) (¡No mas!) (*Se aleja sin ser visto.*)

ESCENA XIV.

DOÑA INÉS.—EUGENIA.—EL MARQUÉS.

MARQ. Basta; no quiero..., no puedo enojarme contigo. Yo perdono esos arranques de ridícula independencia á una niña sin mundo, influida por una

pasion insensata y alentada por la punible condescendencia de una madre irreflexiva. La sana razon, por poco que te esfuerces á consultarla, triunfará en breve, lo espero, de esas ideas descabelladas. Semejante desvarío puede ser excusable en una mujer vulgar, pero no en la que lleva mi nombre preclaro, y está obligada á trasmitirlo en todo su esplendor á la posteridad. Tu mismo amante, si en efecto está dotado de los bellos sentimientos que tanto ponderas, conocerá que vuestra union es imposible, absurda.

D.ª INES. (¡Ah! no me atrevo á contradecirle.)

EUGENIA. Lo que puedo jurar á usted es que no valdré yo más á sus ojos por esa alta categoria, por esa imprevista opulencia que me afligen mas que me deslumbran. Pobre me amaba...

MARQ. Dejemos ya esa cuestion enfadosa. Tú lo pensarás mejor y oirás al fin los consejos de tu padre, que nunca podrán tener otro objeto que tu dicha y tu estimacion. No acibaréis el gozo con que veo amanecer para nosotros la aurora del bien despues de tantos pesares; no me los deis mayores en vez de los parabienes que esperaba; ¡dejad que ria el triste, que respire el atribulado,... que coma el hambriento! Aquí radican algunas de las fincas que ya me pertenecen. En Ávila hay un palacio que es ya nuestro y nos excusa el sonrojo de un hospedaje que nos degrada. Mi ayuda de cámara ha ido á llamar á don Próspero Maquila, administrador general que ha sido de mi hermano, que Dios haya. Ya que por fortuna reside en Ávila.. (*Mirando adentro hácia la derecha.*) Justamente él llega.

D.ª INES. Permite que nos retiremos.

MARQ. Como querais.

D.ª INES. (*Á Eugenia en voz baja.*) ¡Valor, hija mia! (*Entran en la casa.*)

ESCENA XV.

El Marqués.—Don Próspero.

D. Prós. Me apresuro á ofrecer mis respetos muy rendidos al señor Marqués de Ribasaz.

Marq. Gracias, don Próspero.

D. Prós. A mi ilustre amo, si tengo el honor de que se digne...

Marq. Sí, sí. Pienso conservar todos los leales servidores de mi difunto hermano, y con mas motivo tan celoso y entendido administrador. (Le he de pedir dinero y es indispensable este exordio.)

D. Prós. Usía me honra...

Marq. Nada de tratamiento.

D. Prós. (Vamos, no se presenta mal; pero tengo clavado en el alma el desaire que ha sufrido mi mujer.)

Marq. Usted no sabria las novedades...

D. Prós. Sí, señor: ayer recibí la del fallecimiento del último señor Marqués y de su hijo, y hoy cuando iba á escribir á usted el pésame, he recibido otra carta de Jaen en que me participan la muerte del otro hermano...

Marq. Ayer llegaron á mí juntas las dos infaustas nuevas.

D. Prós. Yo tomo la debida parte en el duelo de usted...

Marq. ¡Ah!

D. Prós. Pero no ménos sincera en sus satisfacciones y aumentos.

Marq. ¡Oh!... Lo estimo en el alma.—Ahora bien, es preciso honrar con suntuosos funerales la memoria de mis caros deudos.

D. Prós. Se entiende. Se hará lo que usted disponga.

Marq. Eso lo primero; pero es forzoso tambien que yo me habilite con toda urgencia para pagar mis deudas y vivir con el fausto que corresponde á mi nueva condicion.

D. Prós. Ciertamente. Lo malo es que no hay fondos en arcas... ¿A cuanto ascenderán esas deudas...

MARQ. Á unos diez mil duros. Los usureros me han comido ya adelantados cinco ó seis años de alimentos; esto sin otras cuentecillas...

D. PRÓS. ¡Ahí es nada diez mil duros!... Sin embargo, eso no es apremiante. Veremos de obtener alguna moratoria...

MARQ. Bien: usted se compondrá con mis acreedores. Lo que yo quiero es principiar desde hoy á gozar de mis cuantiosas rentas. Necesito que me proporcione usted en Madrid una habitacion régia, soberbiamente alhajada; necesito servidumbre, caballos, carruajes, abono en la ópera y etc. y diez etc. etc.

D. PRÓS. Yo apruebo en usted ese rumbo, esa grandeza de alma digna de sus gloriosos progenitores. (¡Qué viña!) Pero con el dinero disponible no tenemos para empezar. Las cosechas han sido escasas; el cólera y la guerra civil entorpecen la recaudacion; muchos arrendadores son ó morosos ó insolventes...

MARQ. (¡La cancion de todos!) Se buscan arbitrios: á un hábil administrador nunca le faltan.

D. PRÓS. En épocas normales, no digo que no; pero los tiempos son calamitosos; los capitales se retiran; la confianza desaparece; no hay quien preste un cuarto sino con hipotecas muy saneadas y á un interés exorbitante...

MARQ. Bien está: si usted se echa en el surco, yo buscaré quien me preste...

D. PRÓS. No es esto decir...

MARQ. Y quien me administre.

D. PRÓS. (¡Hola!) No hay necesidad. Yo haré un esfuerzo... Lo decia por el bien de usted. Los empréstitos son ruinosos...

MARQ. Pero hay circunstancias en que es indispensable recurrir á ellos. Necesito presentarme en el gran mundo...

D. PRÓS. ¡Oh! sí.

MARQ. Y heredando un caudal inmenso, no me he de tratar yo como un cualquiera.

D. PRÓS. Tiene usted razon. (Ya es mio.)

MARQ. Conque...

D. PRÓS. Descuide usted, que nada le faltará.—Pero ¿có-

mo no viene usted á ocupar el palacio de sus mayores?

MARQ. Vamos, sí; no quiero ni poner los piés en esa casucha.

D. PRÓS. Las señoras disimularán si aquello no está todavia en disposicion de recibirlas. Como nos ha cogido usted tan desprevenidos...

MARQ. No importa. Ellas vendrán despues, y entre tanto arreglarémos nosotros... (*Acercándose á la casa.*) ¡Ines!

D. PRÓS. (Si le hablan del casorio frustrado, echaré la culpa á mi mujer.)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS.—DON PRÓSPERO.—DOÑA INÉS.

D. PRÓS. Estoy á los piés de mi señora la Marquesa.

D.ª INES. Gracias.

MARQ. Voy con el señor á nuestra casa solariega y allí descargarán mi equipaje. Preparáos tambien vosotras para trasladaros á mas digno alojamiento. Dentro de media hora volveré á buscaros.

D.ª INES. Bien está.

MARQ. Vamos. (*Don Próspero hace una salutacion muda.*)

ESCENA XVII.

DOÑA INÉS.

¡Más digno alojamiento! ¡Ay qué poco halagan á mi corazon esas malhadadas riquezas!... ¡Y mi pobre hija!.... Allí la dejo anegada en lágrimas y más muerta que viva. ¡Oh! Á haber yo previsto lo que sucede, no hubiera dado lugar á que tomase incremento su fatal pasion.—Y Fernando ¿qué dirá cuando sepa... No está en casa... ¿Adónde habrá ido... (*Llega Hilario por distinto bastidor del que guió al Marqués y á don Próspero al retirarse.*)

ESCENA XVIII.

DOÑA INÉS.—HILARIO.

HILARIO. Señora Marquesa...
D.ª INES. ¿Quién es...
HILARIO. No sé si usía me conoce... Soy Hilario...
D.ª INÉS. ¿Y bien?
HILARIO. Tranquilícese usía. No es ya el candidato á la mano de Eugenia quien tiene el gusto de saludar á usía...
D.ª INÉS. *(Impaciente.)* ¡Oh!...
HILARIO. Sino simplemente el hijo de un respetuoso criado de usía...
D.ª INES. Lo agradezco. Dispénseme usted...
HILARIO. Es que... traigo un recado para usía...
D.ª INES. Bien; breve... y sin tratamiento.
HILARIO. Yo tambien estoy de enhorabuena. Ya no soy soldado; otro mozo me sustituye, y tan campechano, que no ha querido tomar un maravedí...
D.ª INES. ¡Cómo!...
HILARIO. Ha endosado á las casas de beneficencia el precio de la sustitucion. ¡Capricho singular!
D.ª INES. (¡Ah!) ¿Quién es...
HILARIO. Su patron de usted, Fernandito...
D.ª INES. (¡Cielos!) *(Retirando de la casa á Arturo.)* Hable usted mas bajo...
HILARIO. Alguna corazonada... Y es raro, porque él no es ningun perdido... Si le habrá desahuciado tambien su novia, y en un rapto de desesperacion...
D.ª INES. ¡Por Dios, baje usted la voz...
HILARIO. (¡Oiga! Tambien Eugenia, por lo visto...Vaya, esto me consuela.) Me ha rogado que entregue á usted esta carta...
D.ª INES. ¡Venga! *(La toma de manos de Hilario, la abre, y lee para sí.)*
HILARIO. Ahí vá; y pues ya he cumplido mi comision, queda de usted reverente súbdito y obsequioso servidor, que besa sus piés, Hilario Maquila.

ESCENA XIX.

DOÑA INÉS.

(Leyendo con las interrupciones que marcarán los paréntesis.) «No tengo valor para despedirme de ustedes personalmente. He oido al Marqués... (¡Desventurado!) Tiene razon. Mi casamiento con su hija es ya imposible; mi ausencia, forzosa, y probablemente eterna; mi resolucion irrevocable. Persuada usted á Eugenia de que es preciso que obedezca á su padre y á lo que exige de ella su nueva posicion. Consuélela usted... si para gloria y desdicha mia lo ha menester. (¡Oh, demasiado!) Consuele usted tambien á mi anciano padre. (¿Y quién me consolará á mí?) No es el despecho el que me aleja de cuanto amo en el mundo, sino el deber, la resignacion, la necesidad... No me es grata ya la vida que no puedo consagrar á mi ángel adorado, y por lo mismo, poco mérito será para mí el aventurarla en los combates. (¡Oh Dios mio!) Pero lo haré sin temeridad; ¡soy cristiano!, y si la Providencia me la quiere conservar, no me revelaré contra sus altos decretos. Usted, tan buena, tan indulgente, compadecerá la desgracia, pero no reprobará la conducta de... Fernando.»—¡Oh mártir del amor, de la virtud!... ¡Oh dia aciago!

EUGENIA. *(Desde la puerta.)* ¡Mamá!

D.ª INES. (¡Ella! Ocultemos esta carta.) *(La guarda.)*

ESCENA XX.

DOÑA INÉS.—EUGENIA.

EUGENIA. ¿Se ha ido ya mi padre...
D.ª INES. Sí, al palacio... Volverá luego.
EUGENIA. ¿Y cómo me deja usted sola, entregada á mi dolor...
D.ª INES. No, hija mia. Iba á entrar...
EUGENIA. ¿Y qué es de Fernando? ¡Tambien me abandona!
D.ª INES. ¡Forzoso será!
EUGENIA. ¿Por qué? Me hará la injusticia de pensar que no le amo hoy tanto como ayer? ¿Tendré en ménos estimacion sus prendas que esos vanos títulos que ni apetecia ni esperaba? Perdone mi padre si mis sentimientos están en pugna con sus máximas y mi lealtad con su orgullo. No ha de depender mi albedrío de un capricho de la instable fortuna. Que me desherede, que me maldiga, si tanta es su crueldad; pero mi corazon es de Fernando,—ya se lo he dicho,— ¡y no puedo... ni quiero vivir sin él!
D.ª INES. Hija mia, no mintieron ¡ay! tus siniestros vaticinios. En este dia, que para otras sería de triunfo, de regocijo, de gloria, principia para las dos una nueva série de aflicciones... y de sacrificios.
EUGENIA. ¡Cómo!... ¿Qué quiere usted darme á entender...
D.ª INES. Si otro, menos avezado que tú y que yo á los rigores de la suerte; si otro, á quien ha herido el mismo rayo que á tí te hiere,... te diese un heróico ejemplo de abnegacion, ¿qué dirías?
EUGENIA. ¡Oh! Este es Fernando; ¡sí! Pero ¡qué! ¿me deja?... ¿Donde está?
D.ª INES. Lo sabe todo. Se sacrifica á la paz de dos familias, á consideraciones que no podian ocultarse á su pundonor, á su talento. Te ama como siempre; pero huye...

EUGENIA. ¡Oh justo cielo! ¿Y cómo... ¡Y sin decirme adios!

D.ª INES. ¡Eugenia! Ármate de fortaleza: él tambien...; todos la necesitamos. (*Suenan cajas.*)

EUGENIA. ¡Ah! Soldados... Ahora recuerdo... ¿Será posible... (*Se acerca á los bastidores de la derecha y mira hácia adentro.*)

D.ª INES. ¡Fatal encuentro! (*Pugnando por retirar á Eugenia.*) Ven... No mires...

EUGENIA. ¡Déjeme usted!... (*Dando un grito.*) ¡Ah!

D.ª INES. ¡Desdichada!...

EUGENIA. ¡Él! ¡Allí! ¡Entre las filas... ¡Yo muero!... (*Se desmaya en los brazos de doña Inés.*)

D.ª INES. ¡Hija mia! ¡Socorro! (*Sale corriendo Petra y acude tambien á sostener á Eugenia.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena es en las inmediaciones de Madrid, año de 1839. Sala modestamente amueblada, pero con aseo y buen gusto. La puerta principal en el foro: otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

CASILDA.—PETRA.

(Casilda trae un pañuelo grande asido por las cuatro puntas y dentro un traje de señora. Petra viste ya al estilo de Madrid.)

PETRA. La voy á llamar. Está en su gabinete... Siéntese usted, Casilda.

CASILDA. Que no se incomode por mí. Yo esperaré... *(Entra Petra en la habitacion de la izquierda.)*

ESCENA II.

CASILDA.

(Se sienta y deja sobre otra silla su recado.) ¡Es tan buena señorita, tan amable, tan llana... Y eso que es hija de título, aunque, por causas que no me costa el saberlas, han venido á menos y...

ESCENA III.

CASILDA.—EUGENIA.

EUGENIA. Buenas tardes, Casilda.
CASILDA. *(Levantándose.)* ¡Ah, señorita Eugenia!...
EUGENIA. No; quieta; siéntese usted...
CASILDA. Bien estoy...
EUGENIA. Yo se lo ruego á usted... Aquí, á mi lado. *(Se sientan las dos.)* Vendrá usted cansada...
CASILDA. Algo. Desde la calle de la Montera hay una buena tiradita.—Le traigo á usted unos cuartejos...
EUGENIA. ¿Por qué se ha molestado usted para eso? No corria prisa, y Petra hubiera ido...
CASILDA. No he hecho el viaje para eso solo; y aunque así fuera, lo daria yo por muy bien empleado. He ido tambien á probar, por cuarta vez, este traje *(Muestra el pañuelo que ha traido.)* á una parroquiana nueva, que tiene una mamífica casa de campo ahí á la vuelta... Usted la conocerá: la baronesa de la Verbena.
EUGENIA. Poco. No nos tratamos.
CASILDA. No pierde usted nada, porque es una indigesta con mas vanidad que don Rodrigo en la horca. —¡Para que ella me ofreciera una silla en su casa, la muy... Dios me perdone. Y si ella es lo

que es, no lo es de nacimiento; ¡quiá! Yo la conocí antes que su marido fuese Baron. ¡La tal doña Celedonia!...

EUGENIA. Bien; pero á mí no me importa...

CASILDA. Se supone; pero vamos al decir... Pues si viviera mi madre, que Dios haya perdonado... Aquella sí que sabía al dedillo toda su genialogía de la baronesa de nuevo cuño.

EUGENIA. ¡Oh!... Hablemos de otra cosa.

CASILDA. Sí, sí; tiene usted razon; pero á fé que si esa títula del diluvio tuviese más memoria y fuese ménos descastada, me trataria á mí con otros miramientos.

EUGENIA. ¡Qué! ¿son ustedes parientes?

CASILDA. Ni de cien leguas; á ménos lo tendria yo; pero dice el adagio: de sastre á sastre no se pagan hechuras; y quien dice de sastre á sastre dice de modista á modista; porque ha de saber usted que ella tambien lo fué en sus verdes abriles. Yo me aguanto por no avergonzarla, y por aquello de manos besa el hombre..., escetra.—Conque, aquí tiene usted veinte duretes en oro... *(Se los dá envueltos en un papel que guarda Eugenia.)*

EUGENIA. (¡Ah!) Gracias...

CASILDA. A mí no; á la maestra.—¡Y harto poco es para haberse usted desojado ¿qué se yo cuántas semanas? haciendo unos bordados que ni la Reina los gasta mejores. Pues ¿sabe usted cuánto le saca ella de ganancia á cada pañuelito? Lo ménos cincuenta reales, y á cada pechera, por el mismo consiguiente.

EUGENIA. No será tanto; y sobre todo, yo me doy por bien pagada...

CASILDA. Ya se vé, cuando uno trabaja por cuenta de otro... A fé que si usted abriese una bonita tienda de modas, bien situada...

EUGENIA. Yo...

CASILDA. Otro gallo le cantaria.

EUGENIA. No pienso en semejante cosa.

CASILDA. Con esas manitas tan primorosas, y con ese agrado natural, y con esa cara de cielo, á mayor abundamiento, haria usted en poco tiempo una parroquia, que ¡ya, ya!

EUGENIA. Ya he dicho que...

CASILDA. Pero el diantre es que para eso se necesita lo que ni usted ni yo tenemos; un capital, porque ahora todo está montado con un lujo... ¡Ahí es un grano de anís el coste de la anaquelería, los espejos, las... Pues no es moco de pavo lo que se dejan pedir por un traspaso; y amén de eso la contribucion del suicidio.

EUGENIA. Son distintas las razones que yo tengo...

CASILDA. ¡Ah! sí, sí; perdóneme usted mi... incompetencia. Una señorita como usted de alta... prosodia no ha nacido para ponerse delante de un mostrador; y ya es bastante desidencia el haber de trabajar aunque de ocultis, para ayuda de la puchera.

EUGENIA. No, Casilda. (Hoy viene insoportable.) No es tan apremiante mi necesidad... Lo hago por no estar ociosa.

CASILDA. Santo y bueno, pero eso no quita... En fin, si he dicho alguna simpleza, ha sido de buena fé, porque mi deseo es que usted peleche... Y es cosa que me dá murria cuando ocservo los altos y bajos y las visualidades de la fortuna. Vea usted la otra, que sin saber leer ni escribir, como quien dice, asciende desde costurera á señora tutelar; y ¡usted, hija de Marqués por liña reta, dale que le das á la abuja para ganar un miserable estupendio!

EUGENIA. Se le hará á usted tarde, Casilda.

CASILDA. (*Levantándose y volviendo á tomar el pañuelo.*) ¡Ah! Si, me voy, no me eche madama Fichú una de las andanadas que acostumbra.—¡Ay, señorita Eugenia! Todas tenemos nuestro hueso que roer en este pícaro mundo. Al cabo, usted tiene padre y no se vé en la crísis de mirar la cara á nadie; pero yo huérfana y atenida á un jornal... Y eso que, vamos, como soy de las oficialas mas hábiles, aunque no me está bien el decirlo, gano un diario de cuatro pesetas al dia, y siempre cae alguna propineja...

EUGENIA. ¿Si? Me alegro...

CASILDA. Si, señora, y tengo mis ahorrillos... Si mañana ú otro dia necesita usted una onza, no canse á nadie: aquí estoy yo.

EUGENIA. Gracias, amiga mia.

CASILDA. ¡Ay! ya creia yo tocar el suspirado dia de mi mancipacion y mi dicha; pero he nacido con mal sino, y mi mayor desgracia es el haberme dado Dios un corazon bestialmente tierno y digno de mejor suerte.

EUGENIA. Pues ¿qué desventura...

CASILDA. ¡Oh fatal noviciado de amores! ¡Oh amargo escarmiento!... Guardaba yo mi hucha para la reválida de aquel traidor, que Dios confunda...

EUGENIA. ¡Cómo...

CASILDA. Sí, señora; un traidor de farmacéutico...; es decir, aspirante, porque le faltaba lo principal; el título y la botica. Vino á Madrid... Á usted sola se lo cuento en confianza, porque es mi amiga íntima y porque, vamos, me ha entrado usted por el ojo derecho. Pues, señor, vino á Madrid á los desámenes, ya hace mas de un año; acertó á verme, ¡que antes cegara!; me siguió, me rondó, me festejó, y de palabra y por escrito, que guardo sus cartas fementidas, me juró y perjuró cien veces que me queria y requeria y bebia los vientos por mí. Yo, blanda de corazon, y no esprimentada de lo que son los hombres, le creí, le amé... ¡Y no es eso lo peor, sino que, falso y todo, creo que le amo todavia! *(Llora.)*

EUGENIA. Vamos, no se aflija usted...

CASILDA. Habia usted de ver los aspamientos que hacía, y lo que él rogaba y porfiaba y se compungia; pero yo tuve á raya su antusiasmo hasta que me hizo solegne promesa de ser mi esposo como manda Dios. ¡Ay! los responsales se iban retardando, primero por los desámenes, luego porque no venian los papeles... ¡Oh Dios mio!.. Y tan y miéntras, como no me dejaba á sol ni á sombra, y yo fiaba en sus juramentos, y la ocasion hace el ladron, y.... (*Sollozando.*) ¡Ay, señorita de mi alma!, compadézgame usted ¡y Dios la libre y la defienda de semejantes... temporalidades!

EUGENIA. ¡Pobre Casilda! ¿Y él...

CASILDA. Él no me abandonó por entónces; ántes viéndo-

me..., ¿cómo lo diré?..., delicada de salud, redobló sus mimos y sus osequios, y socolor de que él lo arreglaria todo mejor y más pronto, tomó un asiento de rotonda, se despidió llorando... ¡Cocodrilo!... y se fué... ¡Sabe Dios adonde!, aunque él dijo que á su lugar.

EUGENIA. ¿Á qué lugar?

CASILDA. Á un lugar, de cuyo nombre, como dijo el otro, no quisiera acordarme; á Miguelturra.

EUGENIA. Y despues...

CASILDA. No he vuelto á saber de aquel desalmado, aunque bien le habré escrito veinte cartas; y han pasado seis meses mortales ¡y nada! Ojos que te vieron ir... Y cáteme usted ¡ay Vírgen de la O! engañada como una china, sin esperanza..., esposa y madre á los ojos de Dios, y sin poder hacer costar en el padron ninguna de estas dos perrogativas.

EUGENIA. No hay motivo todavia para que usted desespere... Alguna ausencia forzosa, algun accidente imprevisto podrán ser causa de tan largo silencio.

CASILDA. ¡Ah! no; su mala alma...

EUGENIA. Aun puede arrepentirse y volver...

CASILDA. No lo creo; pero ¿qué he de hacer, pobre de mí! ¿Mandar requisitorias contra mi prófugo? Tendria que poner primero mi cara en vergüenza delante de la justicia. Y estará ó no estará en Miguelturra, y puede que haya nacido á cien leguas de allí; y no he de ir yo á buscarle á ciegas por esos caminos, arrastrando como la culebra y gastando en inútiles pesquisas lo que necesito para mi pobre chiquitin, *(Con gozo.)* ¡que es tan mono!... Si viera usted... *(Llorando.)* No hay remedio: coser y llorar y maldecir mi flaqueza y mi poco chirúmen; ¡esta es mi mision en el mundo!—Pero ya he molestado á usted mas de lo regular. Adios, mi buena amiga... Usted me trata como tal y creo que no abuso...

EUGENIA. ¡Nada de eso!

CASILDA. ¡Ah que ángel!... Pues no me voy sin darle á usted un par de besos.

EUGENIA. Con mucho gusto. *(Se besan.)*

CASILDA. ¡Así! ¡Así!... Hasta mas ver.—¡Bendita!

ESCENA IV.

EUGENIA.—PETRA.

EUGENIA. (*Enjugándose las lágrimas.*) Me ha enternecido esa pobre muchacha.

PETRA. (*Saliendo de la habitacion de la izquierda.*) Ya lo dejo todo aviado y hecha la cama... ¡Ah! ya se ha ido Casilda...

EUGENIA. En este momento.

PETRA. Larga ha sido la sesion. Verdad es que cuando ella suelta la taravilla...

EUGENIA. Sí, suele charlar demasiado, pero tiene buenas cualidades, y yo le agradezco mucho el cariño que me muestra...; como el tuyo, mi buena Petra.

PETRA. ¡Oh! en eso no cedo la palma á nadie. ¿Y cómo no la he de querer á usted al cabo de cinco años de servirla y admirarla?

EUGENIA. Eres un modelo de lealtad. Otra, viéndome en la desgracia, hubiera buscado mejor conveniencia...

PETRA. Eso no se entiende conmigo, que tengo ley al pan que como. Pues ¡bueno fuera que yo la abandonase á usted ahora habiendo participado de su buena fortuna!

EUGENIA. ¡Buena fortuna!...

PETRA. Quiero decir, de las comodidades y regalos... Y á fé que cuando en Ávila entré al servicio de usted y de aquella santa que Dios se llevó para sí...

EUGENIA. ¡Oh madre mia!

PETRA. No estaban ustedes mas aventajadas que ahora en punto á intereses, y si las seguí desde la choza al palacio, no fué por codicia ni por vanidad, bien lo sabe Dios, sino porque ya no me hallaba sin ustedes.

EUGENIA. ¡Ay, en hora infausta me sacó el adverso destino de mi grata oscuridad! Aquel repentino cambio acabó para siempre con mi alegría. ¡Por él

huyó de mí para nunca volver el amado de mi corazon! Por él acaso perdí á mi madre adorada, cuya salud, ya muy débil, poco resistió á la pena de no poder aliviar las mias!

PETRA. Y de todo tiene la culpa la ceguedad, la sinrazon del señor Marqués, por no decir otra cosa. ¡Ah, no le pida Dios cuenta de tantas desgracias como ha causado!

EUGENIA. Yo no le acuso, Petra, ni me agrada que tú le censures, aunque la buena intencion te excusa. Su corazon es bueno, mas por su mal y el nuestro no ha sabido ser superior á ciertas preocupaciones... ni desprenderse de hábitos perniciosos... En fin, es mi padre, título siempre sagrado para mí, y tanto mas cuanto mas abatido y pesaroso le veo.

PETRA. A mí me da tambien no poca lástima de verle reducido casi á la indigencia; pero ¿quién le mandaba ser tan derrochador, tan despilfarrado....; y eso que ya habia visto, como dicen, las orejas al lobo. ¿En qué han venido á parar, santo Dios, los soberbios trenes, los suntuosos banquetes, los viajes á Lóndres, á Paris á Roma... Vamos, yo no le puedo perdonar que con tanta indiferencia haya mirado el porvenir de su hija, tras de haberla contrariado injustamente en sus amores.—Pues ¿y qué diré de Fernando? ¡Ni una mala carta en tan larga ausencia!

EUGENIA. No debo quejarme de su silencio. Al alejarse de mí, dijo que lo hacía para siempre, y ha cumplido su propósito. ¿Cómo culparle de haber cortado todo género de relaciones con una familia que le juzgó indigno de ser admitido en su seno?

PETRA. Con su padre de usted, en buen hora; pero ¡con usted, que muy lejos de rechazarle, se hubiera sacrificado por él!

EUGENIA. Fernando lo quiso evitar con su fuga. ¿Olvidas la nobleza de su carácter? Fernando prefirió su desdicha á la mia... y labró la de entrambos!

PETRA. ¿Lo cree usted asi? ¿Cree usted que por un exceso de delicadeza ha dejado de escribirla? ¡Á saber si ya se acuerda siquiera del nombre de usted!

EUGENIA. Digas lo que quieras, el corazon me asegura que aun está mi imágen esculpida en el suyo, y que ese mismo silencio que se te hace sospechoso es una prueba de su acendrado amor.—¿Qué digo, infeliz! Acaso no me escribe por otra causa mas poderosa y mas natural.... ¡Acaso es muerto miéntras tú le acusas de ingrato!

PETRA. Deseche usted ese pensamiento...

EUGENIA. ¿Y cómo ¡ay triste! siendo él tan bizarro y yo tan desventurada? *(Suena una campanilla.)*

PETRA. Llaman... Será el señor Marqués que vuelve de su paseo... Voy... Enjugue usted esas lágrimas. *(Vase por la derecha del foro.)*

ESCENA V.

EUGENIA.—EL MARQUÉS.

EUGENIA. Sí, fuerza será, aunque mi alma se despedace: el amor filial lo exige.

MARQ. *(Entrando.)* Eugenia...

EUGENIA. *(Tomándole el sombrero y el baston, que dejará donde no estorben.)* Deme usted... Parece que hoy ha sido más largo el paseo.

MARQ. Sí; he dado dos vueltas por el de la fuente Castellana.

EUGENIA. Se habrá usted cansado...

MARQ. No. Nunca he sido muy andarin; pero á todo se acostumbra uno..., de grado ó por fuerza. No es el paseo el que á mí me cansa, sino...

EUGENIA. ¿Qué?

MARQ. ¡La vida!

EUGENIA. ¿Qué oigo! ¡Ah! no ofenda usted á Dios, que si ahora le priva de vivir con la vana ostentacion de otro tiempo, no le niega la salud, que es el mayor de los bienes, ni lo necesario para nuestra subsistencia.

MARQ. ¡Harto frugal!..., y aun para eso ha sido preciso confinarnos en este mísero arrabal, que han dado en llamar Chamberí... y para mí siempre será... los Tejares.

EUGENIA. Fué determinacion muy cuerda. Consumidos los bienes libres, que constituian la mayor parte del patrimonio de usted...

MARQ. No digas consumidos, sino neciamente dilapidados. ¡Oh! he sido un loco, un foragido, que no merece perdon de Dios.

EUGENIA. Usted se juzga con demasiada severidad, que al fin ha gastado lo suyo.

MARQ. ¡Ah!

EUGENIA. Y como se redujo á la mitad lo vinculado con el restablecimiento de la ley de mayorazgos, de que en otra época se aprovechó el abuelo, usted, sin prever este contratiempo, habia contraido empeños...

MARQ. Que me han hundido para siempre; que han sido causa de que los restos de mi cuantiosa herencia esten intervenidos por un tribunal hasta que don Próspero cobre los enormes créditos que tiene contra mí, y yo atenido otra vez á que me tasen el pan y el agua... ¡Horror! ¡Ignominia!

EUGENIA. No tanto. Ya ve usted que vivimos con desahogo, y hasta con cierto regalo...

MARQ. Milagros de tu modestia, de tu talento, de tu virtud heróica...

EUGENIA. Nada de eso; pero soy una regular administradora: ¿verdad?

MARQ. ¡Algo mejor que ese infame don Próspero..., que lo ha sido tan á costa mia!

EUGENIA. Y sin embargo, no es ninguna maravilla lo que estoy haciendo. Con vivir aquí, sobre excusarnos el disgusto de no poder alternar con ciertas gentes que no ha mucho mendigaban nuestra amistad, nos ahorramos no pocos gastos, cuya superfluidad sabemos ya por experiencia. Aquí no hay ópera italiana, ní sociedades de gran tono, ni bazares tentadores, ni necesidad de una lujosa carretela...

MARQ. (¡Ay!...)

EUGENIA. Descargado así el presupuesto, no solo estamos á cubierto de una bancarrota, sino que aun podemos aspirar á algun sobrante para tardar ménos en desempeñarnos.

MARQ. ¡Pobre hija mia! Tú me estás dando lecciones de economía, de sobriedad, de cordura, que yo admiro y te debo agradecer, pero más que de consuelo me sirven de sonrojo y desesperacion. Cuanto ménos apegada te veo á los goces de que yo, padre inícuo, te he defraudado, más merecedora te juzgo de ellos. Yo no los quiero ya para mí: ¡todo me sobra! Pero ¡que se agoste antes de tiempo tu juventud en este lugarejo destartalado; que yo haya de dejarte—, y pronto será, —no ya sin la espléndida grandeza para que fuiste nacida, sino en el abandono, en el olvido, acaso en la miseria!... ¡Oh! esto es lo que me martiriza y me acaba.

EUGENIA. No veo yo con tan negros colores mi porvenir. En ese sombrío cuadro solo una cosa me aflige y me aterra; ser posible que yo le sobreviva á usted; pero la bondad de Dios alejará de mí tan infausto dia. No le pido ya otra gracia, y aunque con escasos merecimientos, espero que la obtendrán mis lágrimas ardientes.

MARQ. (*Abrazándola.*) ¡Hija mia!

EUGENIA. Harto es ya ser huérfana de madre... ¡y de qué madre, santo cielo!

MARQ. ¡Pobre Inés! ¡Qué poco gozó en este mundo!... Y cuando considero que tal vez causé yo su prematura muerte...

EUGENIA. ¡Oh, no, señor!

MARQ. ¡Llevó tan á mal que yo me opusiera á tu casamiento con aquel Fernando...

EUGENIA. ¡Oh! echemos ya un velo sobre lo pasado.

MARQ. De buena fé creí entónces que lo debia resistir, y aunque no es lícito invocar deberes á quien todos los ha violado...

EUGENIA. ¡Por Dios, papá! Usted no necesita sincerarse conmigo.

MARQ. Luego me ha pesado mas de una vez, créelo. Tu suerte sería ménos adversa con un esposo adorado...

EUGENIA. Dios lo dispuso de otro modo y debemos someternos á su suprema voluntad.

MARQ. Ahora ¿quién solicitará tu mano que sea digno de ella? ¿Cómo apreciar tus encantos, como las

prendas de tu alma angélica, si nadie te trata...

EUGENIA. ¿Qué importa? Amé una vez y ya no podré amar á nadie..., sino á mi padre.

MARQ. Si á lo menos ese hombre—¡nunca podré llamarle Baron!—me duplicase las asistencias, siquiera en consideracion á que su fortuna es una escandalosa usurpacion de la,... volveriamos á Madrid...

EUGENIA. ¿Para qué? Nunca seria bastante lo que nos diese para vivir en la córte como corresponde á nuestra clase, y aquí nos sobra...

MARQ. ¡Nos sobra... la soledad, la melancolía... y la paciencia! ¡Oh! yo no puedo vivir así. Me fastidio, me consumo... Ni á tí, por mas que digas, te puede ser grato el estar aquí en perpétua clausura, aislada del mundo entero y, lo que es peor, atareada, afanada de dia y de noche...

EUGENIA. No tanto. Tomo la labor por distraerme...

MARQ. Y con ella en las manos te sorprende muchas veces la luz del alba. ¿Piensas que todavía lo ignoro? ¿Y para qué? Para que yo tenga un plato más en mi mesa, y lleve un par de onzas en mi bolsillo si se me ocurre ir á Madrid... Pues has de saber que yo no quiero aceptar tan costosos cuidados; ni puedo consentir que una hija mia sea costurera vergonzante...; ni para nada necesito yo el dinero—¿lo entiendes?—cuando es tan escaso. Dame miles de pesos, y nadie me ganará á gastarlos con rumbo; pero...

EUGENIA. (¡Oh Dios!)

MARQ. ¿Eh?... Pero no sé qué hacer de una cantidad pequeña; me achico yo más que ella y se me figura que no me ha de alcanzar para nada. La prueba es que aun tengo aquí (*Tocándose en un bolsillo del chaleco.*) intactos los ocho ó diez doblones que me diste hace dos meses.

EUGENIA. ¡Padre mio!

MARQ. Creerías tú que me los habia jugado... No, hija mia; aborrezco ya de todas véras el juego: me tiene muy escarmentado.

EUGENIA. ¡Ah! yo bendigo á Dios...

MARQ. Pero este destierro me aburre ya hasta más no

poder; esta atmósfera me ahoga... ¡Oh! es preciso tomar un partido.—Ese hebreo quizá no se humana conmigo porque le he hecho mil desaires y le muestro un teson... harto impertinente, á la verdad, en mi actual estado. No; aunque padezca mi amor propio, voy á escribirle...

EUGENIA. No, padre mio; no lo haga usted. Es un paso muy aventurado, y aunque dijera vergonzoso...

MARQ. No lo creas. Yo le escribiré con dignidad y como si aun fuese mi administrador. Arruinado y todo puedo hacerle proposiciones que tienten su codicia. *(Suena la campanilla.)*

EUGENIA. ¿Y qué haremos con que las admita? Acumular deudas sobre deudas y hacer más lastimosa nuestra situacion.

ESCENA VI.

EUGENIA.—EL MARQUÉS.—PETRA.

PETRA. *(Anunciando.)* El señor Baron de la Verbena.

EUGENIA. ¿Qué oigo!...

MARQ. ¿Ves? Viene á verme sin haberle yo visitado. Esto es de buen agüero.

EUGENIA. ¿Quién sabe!...

MARQ. Sí, sí; quiere darse á partido, no lo dudes, y sería yo muy necio... Que pase adelante.

ESCENA VII.

MARQUÉS.—EUGENIA.

MARQ. Tal vez le haya tocado Dios en el corazon... Sin embargo, yo no tomaré la iniciativa... Tú te puedes retirar...

EUGENIA. ¡Oh! de muy buena gana.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.—EL BARON.

BARON. Beso la mano al señor Marqués...

MARQ. (*Con gravedad.*) Saludo á don Próspero... Tome usted asiento.

BARON. Gracias. (*Se sientan.*) Usted extrañará esta visita...

MARQ. Sí tal. Yo no tenia derecho para esperarla.

BARON. Sin duda porque usted no se dignó de hacérmela á mí en mi quinta, aunque le pasé tarjeta poniéndola á su disposicion.

MARQ. Pudiera haberme parecido poco cordial el ofrecimiento.

BARON. Y pudiera usted haberse equivocado. Pero sea cual fuere la causa de no haberme usted favorecido en tanto tiempo, yo no soy quisquilloso, señor Marqués, y mucho ménos lo seria con persona tan calificada, y bajo cuya dependencia he tenido la honra de vivir algunos años.

MARQ. Y sin embargo, viene usted acaso á gozarse en su obra.

BARON. ¿Cómo en mi obra?

MARQ. Sí; en el espectáculo do la miseria á que usted me ha arrastrado.

BARON. ¡Señor marqués!... Está usted exasperado, y hasta cierto punto con razon; por eso no me admiro de que me hable con sobrada acritud; pero es muy otro el objeto de mi visita.

MARQ. Pues ¿quién si no usted ha sido el autor de mi ruina?

BARON. ¡Bien por cierto! ¿Era usted menor de edad cuando me confió la administracion de sus bienes? Si hoy llora usted los efectos de su desarreglada conducta ¿soy yo, por ventura, responsable de ella? ¿Le he inspirado yo su pasion desordenada por el lujo, los placeres, el juego, la disipacion?

MARQ. No; pero viendo que era tan manirroto, debió usted contenerme con buenos consejos...

BARON. ¿Consejos? ¡Bah! Ni usted me los pedia, ni yo era su pedagogo. Usted no se comunicaba conmigo sino para pedirme dinero.

MARQ. Pero dándomelo usted sin tasa siempre que lo pedia, pecó de sobrado condescendiente... y aun digo poco.

BARON. Otro lo hubiera dado en mi lugar; que á quien tiene arraigo nunca le faltan prestamistas.

MARQ. Usureros querrá usted decir.

BARON. Nadie presta sin interés...

MARQ. Usted me prestaba mi propio dinero.

BARON. ¡Oh! en eso está usted equivocado.

MARQ. Y se cobraba por su mano.

BARON. Eso si: muy tonto hubiera sido yo en no hacerlo.

MARQ. Usted se ha hecho rico empobreciéndome á mí.

BARON. Perdone usted. Ya lo era ántes de ser administrador de usted.

MARQ. Porque hizo usted lo mismo con mi hermano.

BARON. Un poco de flema, señor marqués, y no nos irritemos, que eso á nada bueno conduce. Yo no no le robé nada, ni á usted tampoco. Mis cuentas están en regla.

MARQ. ¡Ya lo creo!...

BARON. Acrecí mi caudal porque supe ser tan sobrio y trabajador como ustedes indolentes y pródigos.

MARQ. (¡Es verdad!)

BARON. Además, yo he hecho la mayor parte de mi fortuna con negocios completamente ajenos á las rentas de usted, y despues de haberse interrumpido nuestras relaciones.

MARQ. ¡Infeliz y maldito yo, que no las interrumpí mucho ántes!

BARON. *(Levantándose, y tambien se levanta el Marqués.)* ¡Basta! Creyendo que le hallaria á usted mas razonable, venía á proponerle lo que á los dos nos estaria bien; no á sostener con usted una escaramuza de ociosos dimes y diretes. Siento haberme engañado... y me retiro.

MARQ. *(Con ira.)* ¡Vaya usted... *(Reprimiéndose.)* Vaya usted con Dios.

BARON. Abur.

MARQ. (Se va y yo... Este endiablado genio...) Oiga usted, don Próspero.

BARON. (*Volviendo desde la puerta del foro.*) ¿Qué ocurre?

MARQ. Sepamos qué proposiciones son esas, ya que el demonio quiere...

BARON. Proposiciones de amigo; no de especulador.

MARQ. Bien; explíquese usted. Me tiene sitiado por hambre y es forzoso capitular.

BARON. Me duelo muy sinceramente de verle á usted apurado, oscurecido; deseo y me propongo que vuelva á figurar en el mundo, sinó con toda su opulencia antigua, de un modo siquiera que no desdiga mucho de su distinguido nacimiento; y esto ha de ser sin empréstitos usurarios, sin contratos leoninos. Se trata de una transaccion amistosa, que usted no rechazará, á ménos de rebelarse inútilmente contra el espíritu del siglo.

MARQ. Veamos... No soy yo tan del antiguo régimen, que me obstine...

BARON. Cuando un edificio se viene abajo, ya nadie se desdeña de ponerle puntales, aunque algo se desfigure con ellos su fachada secular.

MARQ. Cierto.

BARON. La vida está llena de vicisitudes.

MARQ. Sí. (¿Á dónde vendrá á parar?)

BARON. Unos bajan mientras suben otros; pero la prudencia sabe hallar compensaciones, la filosofía acorta distancias y el interés recíproco triunfa del más declarado antagonismo. ¿No es verdad, señor Marqués?

MARQ. No lo niego.

BARON. Otra de las conquistas de la era en que vivimos es el haberse puesto tan en boga la teoría... de los hechos consumados.

MARQ. Y en efecto es superior á todas, porque en sí misma lleva la demostracion.

BARON. Así pues, porque su casa de usted sea mas antigua que la mia, no dejarémos de ser usted y yo títulos del reino.

MARQ. Ya; pero, aun prescindiendo de las ejecutorias, va mucho de Baron á Marqués...

BARON. Mañana seré yo Marqués si se me antoja, y hoy puedo obtener con una banda la excelencia, quedándose usted plantado en la señoría. Pero de poco sirven una y otra sin ciertos auxiliares..., ¿eh?, de mas precio para la presente generacion que los trofeos de mármol y los diplomas de pergamino.

MARQ. ¡Otra verdad inconcusa!

BARON. ¿Ve usted cómo nos vamos entendiendo? Ahora bien, volviendo á lo de las compensaciones, supuesto que á mí me sobra en oro lo que á usted en blasones, podemos muy bien, y creo que á emtrambos nos conviene, ponernos en equilibrio; y el medio mas sencillo seria amalgamar, casar mi *déficit* con el *superavit* de usted y viceversa; ó, lo que es lo mismo, la hija del gótico marqués con el hijo del opulento Baron.

MARQ. ¡Eso se atreve usted á proponerme á mí! Seria una afrenta...

BARON. ¡Disparate! Matrimonios mas heterogéneos estamos viendo cada lunes y cada martes, y á nadie escandalizan.

MARQ. (Dice bien.)

BARON. Pero si no le acomoda á usted, no hay nada de lo dicho. *(Hace ademan de retirarse.)*

MARQ. Oiga usted. Aunque confieso que es de agradecer la transaccion que usted me indica espontáneamente y que yo no estoy para echar plantas, por lo que hace á mí no la admitiría; pero ¡soy padre! y ya que he dejado por puertas á mi hija, no es razon que sacrifique á mis escrúpulos el bienestar que Dios le depara.

BARON. Privarla de tan buen acomodo sería un cargo de conciencia.

MARQ. Positivamente; pero no basta mi consentimiento. Hágase usted cargo, Baron...

BARON. (¡Ah! ya me llama Baron. ¡Bueno!) No se me oculta que habrá que vencer alguna dificultad...

MARQ. Los muchachos se han tratado apénas y presumo que no han de simpatizar mucho. Hay poca analogía entre sus caractéres, sus gustos, su educacion...

BARON. ¡Nada de eso! Mi Arturo...

MARQ. ¡Oiga! ¿Ahora se llama Arturo...

BARON. Es nombre mas bonito... y mas aristocrático.

MARQ. En buen hora: mejor me suena que Hilario.

BARON. Por la misma razon ha tomado mi mujer el nombre de Celia, abreviando el de Celedonia. Ya ve usted que vamos entrando en los trotes del...

MARQ. Ya. (Lo que es ella, nunca dejará de ser una tarasca.)

BARON. Iba á decir que mi Arturo ya mostró aficion á Eugenia cuando la conoció en Ávila.

MARQ. Pero tengo entendido que Eugenia le dió...

BARON. ¿Calabazas? Cierto. (Que me supieron muy mal, y por lo mismo...)

MARQ. Ya ve usted que los antecedentes no son muy favorables.

BARON. Hay que tener presente que mi hijo era entónces algo cerril, por haberle mimado su madre en demasía; pero despues se ha instruido, se ha formado, y ahora que acaba de tomar un bañito de París, es un mozo muy presentable, si el amor de padre no me ciega.

MARQ. Con todo, es muy difícil que Eugenia haga justicia á su mérito, señor Baron.

BARON. (*Satisfecho.*) (¡Señor Baron!) ¿Por qué?

MARQ. En Avila se encaprichó por otro...

BARON. For Fernando... Ya se vé.

MARQ. Y aunque no ha vuelto á saber de él desde que entró á servir en sustitucion de Hilario..., de Arturo, tengo para mí que aun no se ha curado de aquella loca pasion.

BARON. (Buen cuidado tuve yo de interceptar sus cartas hasta que se cansó de escribirlas inútilmente.)

MARQ. ¡Calla usted! Le hace fuerza sin duda mi objecion.

BARON. Ninguna. Ya la habia yo previsto, y si no hay otra cosa que combatir, llámeme usted desde ahora su consuegro.

MARQ. ¡Cómo! ¿Habrá muerto aquel pobre diablo?

BARON. Aun mejor para mi designio.

MARQ. No comprendo...

BARON. Hace tres meses que se ha casado con otra.

MARQ. ¡De véras!

BARON. Como usted lo oye. Así que llegó á capitan... Justamente su mujer es algo parienta mia, y aquí traigo la tarjeta que me remitió desde Vitoria dándome parte de su casamiento. (*La saca y se la dá al Marqués.*)

MARQ. (*Leyendo.*) «El capitan don Fernando Sigüenza y doña Isabel Mondragon participan á usted su efectuado enlace, etc.»—¡Ah! muy bien; esto nos puede allanar el camino... Me dejará usted la tarjeta, porque espero sacar mucho partido de tan precioso documento.

BARON. Con mucho gusto. (*El Marqués guarda la tarjeta.*) Conque quedamos en que por parte de usted no hay inconveniente...

MARQ. No. Yo veré de persuadir á Eugenia; porque sin su beneplácito no hay nada.

BARON. Se entiende; mas le prevengo á usted que mi mujer se inclina á otra nuera..., no tan ilustre, pero con doscientos mil duros de dote.

MARQ. (¡Diablo!)

BARON. Adhiere, sin embargo, á mi dictámen, pero á la menor tibieza que observe en ustedes insistirá en el suyo y yo tendré que complacerla.

MARQ. ¡Hombre de Dios!... (¡Sufrir yo que me atosiguen así...) Tratarémos de...

BARON. Es que tiene usted que darme hoy mismo una respuesta categórica.

MARQ. ¡Es mucho apremiar!... Yo necesito tiempo...

BARON. Yo no puedo perderlo.—Ademas, no pretendo que los novios se casen con tres luegos, ni hay necesidad de esa premura. Me basta la palabra formal, y luego se hará la boda cuando convenga.—Entre tanto haré que le tripliquen á usted los alimentos...

MARQ. (¡Ah! respiro...)

BARON. Sin perjuicio de desembargarle por de pronto una parte de sus tierras...

MARQ. (¡Albricias!)

BARON. Y el resto más adelante...

MARQ. (¡Vitor!)

BARON. Y de que disponga usted francamente de cuanto yo poseo.

MARQ. (*Dándole la mano.*) Gracias, amigo mio, gracias.

BARON. (¡Ya somos uña y carne!)

MARQ. No abusaré... Crea usted que solo por Eugenia...

BARON. Y Eugenia se dejará querer, si le habla usted al alma. Tan seguro estoy de ello, que mi hijo vendrá luego á ofrecer á ustedes sus respetos...

MARQ. Estimo...

BARON. Y una finecita á la novia.

MARQ. No, no; yo me abochorno...

BARON. ¿Por qué, si todos vamos á ser unos?

MARQ. (¡Todos unos!) Ciertamente... pero... (¡Volveré á brillar, á vivir á lo príncipe...)

BARON. (Ya no sabe este pobre señor lo que le pasa.) Me despido pues... ¡Ah! No lo exijo de ninguna manera, pero la Baronesa recibe esta noche..., de confianza; media docena de amigos... Si nos honrasen ustedes con su asistencia.

MARQ. Gracias... Veremos...

BARON. Convenido. Mi hijo vendrá en la carretela y se la dejará á ustedes para que dispongan de ella. (*Dándole la mano con marcialidad.*) Hasta luego, Marqués.

MARQ. (*Acompañándole.*) Adios, Baron. Esta casa...

BARON. (*Con afectada benevolencia.*) Gracias... ¡Quieto, quieto!... (¡Al fin me salgo con la mia!) (*Principia á oscurecerse gradualmente el escenario.*)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.

¡Él mismo — ¿quién lo hubiera dicho? — me rehabilita, me regenera! ¿Cómo salir yo del abismo en que habia caido, á no ofrecerme ese hombre una mano piadosa? Ya lo haga por gratitud ó por generosidad, ya por acallar los gritos de su conciencia; en uno ú otro caso sería locura el no asirme en mi naufragio á esa tabla de salvacion. (*Llamando.*) ¡Eugenia! Trabajo me va á costar convencerla, pero confio en su docilidad, su buen juicio...

ESCENA X.

EL MARQUÉS.—EUGENIA.

MARQ. ¡Ven, hija mia! (*La abraza.*) Llegó el dia de nuestra redencion, de nuestro triunfo.

EUGENIA. ¡Qué dice usted!

MARQ. Se acabaron las privaciones, las economías... Ya no velarás tú bordando ni yo vegetaré maldiciendo. El Baron me ruega con la paz.

EUGENIA. ¡Con la paz! ¿A qué precio?

MARQ. (¿Cómo lo diré?) Ya es otro hombre; ya no piensa explotar en su provecho mi desidia, mis pasiones; no ha venido á devorar, insaciable cetáceo, los cuatro terrones que nos quedan: al contrario, pone á mis piés, ó por mejor decir á los tuyos, su fortuna.

EUGENIA. ¿Á los mios? (Yo tiemblo.)

MARQ. Sí, hija mia, tú vas á ser la dulce prenda de nuestra alianza.

EUGENIA. ¿La prenda... ó la víctima? ¡Oh padre, padre!

MARQ. Yo no extraño que repugnes la boda que nos proponen; yo la repugnaría tambien... en mejores circunstancias.

EUGENIA. ¡Ay! con ménos razon se opuso usted á otra...

MARQ. Es verdad; pero los tiempos son distintos y no tanta la desigualdad como entónces. Don Próspero, bien ó mal adquirido, tiene ya un título como yo.

EUGENIA. Ninguno para la estimacion de usted; muchos para que usted le aborrezca y le desprecie.

MARQ. Ántes, sí; pero cuando él mismo transige y se humilla... Y sobre todo, no tenemos otro remedio para salir de ahogos.

EUGENIA. Cuando realmente los sufriéramos, que yo no lo creo así, ¿no vale más morirse en en rincon que recibir favores de tales gentes?

MARQ. No digas favores. Se trata de recobrar lo que fué mio, y si admito sus riquezas, no es como una dádiva, sino como una restitucion.

EUGENIA. Y usted ¿qué les vá á restituir ofreciéndoles mi mano? ¿Debo yo algo por ventura al padre avaro y malversador, á la madre grosera ó al hijo extraragante?

MARQ. Les deberás la felicidad de tu padre.

EUGENIA. ¡A costa de la mia! ¡Ah! ¿no sabe usted que yo no puedo querer á ese hombre... ni á ninguno? ¿No sabe usted que otro recibió mis juramentos y que yo soy incapaz de quebrantarlos?

MARQ. ¡Pobre Eugenia! ¿Sabes tú si él guarda los suyos? ¿Sabes si ha merecido esa tú cándida fidelidad?

EUGENIA. ¡Cómo!... Pues ¡qué!... ¿acaso...

MARQ. *(Dando á Eugenia la targeta.)* ¡Alma inocente y sin doblez!, toma; sal de tu error. *(Eugenia lee para sí la tarjeta, muy conmovida.)* (Pierde el color... La indignacion se pinta en su rostro... Ya es segura mi victoria.)

EUGENIA. ¡Casado con otra! ¡Pérfido, infame!... ¿Y quién sabe si, ántes de ahora, otros amores, otros devaneos...

MARQ. ¿Quién lo duda?

EUGENIA. Así se explica su tenaz, su indigno silencio. ¡Oh ingratitud! ¡Oh amarga decepcion!... ¡Y yo sacrificándome, aniquilándome por él! ¡Y yo, necia de mí, cegando de llorar por un perjuro que habrá escarnecido tal vez mi memoria!... ¡Oh! yo lo merezco bien. ¿Qué podia esperar de un villano, sino una villanía? ¿Y seré tan estúpida que aun le consagre el resto de una vida de tormentos y amarguras? ¡No, no! Alguna vez he de gozar yo de mi juventud. No más lágrimas, no más austera soledad. ¿Quién me paga ni me agradece este ridículo despego á los halagos, á los placeres por que todas suspiran? Sí, sí; disponga usted de mi mano. Quiero galas, festines, triunfos... ¡Quiero vengarme de aquel traidor!

MARQ. ¡Vengarte! Eso es hacerle demasiado honor: solo merece tu indiferencia. No pienses más en él; piensa solo en los homenages que te esperan cuando radiante de hermosura y de alegría...

EUGENIA. Pero ¡oh Dios mio! ¿qué razon tengo yo para injuriar á Fernando? ¿Qué derecho para maldecirle!

MARQ. ¡Qué! ¿ya te arrepientes...

EUGENIA. Él se impuso una separacion eterna; yo no le exigí que renunciase á aquella resolucion desesperada, y debió creerse absuelto de sus promesas; él no puede ser mi marido... ¿Por qué no casarse con otra mujer, que le amará... ¡Ay! no tanto como yo: ¡eso es imposible!

MARQ. ¡Eugenia! (¡Medrados estamos!)

EUGENIA. ¿Quién sabe si con su mano ha pagado una deuda de noble agradecimiento? Tal vez ha debido á aquella mujer beneficios con que ha sabido mejor que yo cautivar su albedrío. ¡Tal vez, ¡oh Fernando! ha arrostrado por tí soles y nieves y fatigas y peligros; tal vez sus venturosas manos han restañado la sangre de tus heridas!

MARQ. ¡Oh! me desespero... Pero ello es que se ha casado, y así se cuida él de tus elegías como de las nubes de antaño. No le detestes; pero no le llores: no te cases por venganza, por despique; pero hazlo por tu conveniencia y por la mia, como él evidentemente lo ha hecho por la suya.

EUGENIA. ¡Ah! no hay valor en mí para tanto. No fué solo Fernando quien oyó mis votos; Dios los oyó tambien y no me ha relevado de ellos. No hay ya cabida en mi pecho ulcerado para otro cariño, y casarme con quien nunca podrá inspirármelo sería una temeridad..., un sacrilegio.

MARQ. Y por un necio capricho, que otro nombre no merece tu resistencia, ¿faltaré yo á mi palabra..., mal empeñada si quieres, pero al fin palabra de caballero? Y la memoria de un desleal, indigno de tí, ¿tendrá más imperio sobre tu alma que la presencia del padre que te implora? Y en mi desolada vejez, cuando pudieras hacérmela más llevadera, ¿me alejas, hija ingrata, del único puerto que puede darme abrigo despues de tantas tormentas? Bien está. Obra á tu antojo, no dobles á mí ni á nadie la cerviz, y desafia al infortunio, ufana con el ga-

lardon que ha dado á tu ternura el único sér que ha merecido inspirártela.

EUGENIA. ¡Oh padre mio!

MARQ. ¡Aparta! Ya no lo soy.

EUGENIA. ¿Por piedad...

MARQ. ¡Piedad! Esa palabra es en tu boca un horrible sarcasmo.

EUGENIA. ¡Señor...

MARQ. ¡Aparta he dicho! No me supliques; no me gimas, no tiembles... ¿Por qué? ¿No es aquí tu voluntad mas poderosa que la mia? ¿No te gozas en mi nulidad, en mi humillacion? Pues bien, yo quiero complacerte. Me verás muy pronto en San Bernardino... si antes no me he arrojado al canal.

EUGENIA. ¡Santo Dios!...

MARQ. Si el término de mi ya cansada existencia ha de ser de todas maneras desastroso, al ménos en mi arbitrio está el abreviarlo... y aun embellecerlo.

EUGENIA. ¡Oh! no prosiga usted...

MARQ. ¡Magnífico plan! No sé cómo no me ha ocurrido antes.—No te lo impondré á tí; no te asustes. ¡Independencia completa! Sigamos cada cuál libremente nuestros instintos: tú ¡á la aguja, á la plancha, al sentimentalismo insulso y á la evangélica conformidad; yo al juego, á la crápula, al desórden, á esa vida de incesante agitacion que no dá tiempo para contar las horas! Aun no he apurado todos mis recursos; aun puedo gastar en una noche mi asignacion de un año; aun puedo vender esos trastajos y llevar las sábanas de mi cama al Monte de Piedad.

EUGENIA. ¡No mas, padre, no mas! (¡Desdichada de mí! Va á perder el juicio..., si no lo ha perdido ya!)

MARQ. Si al fin he de dar el trueno gordo, cuanto ántes mejor.

EUGENIA. ¡Basta, por Dios! Obedezco, me resigno...

MARQ. No, no; yo no quiero que te violentes...

EUGENIA. No, señor, no... Me ha convencido usted... (¡Oh martirio!) Me casaré con ese... jóven. Si aun me queda alguna repugnancia á un enlace, que

usted mismo acepta mal de su grado, mi amor de hija me ayudará á vencerla. Nada puedo negar á quien me ha dado el sér, y aunque mi sacrificio fuese mayor, lo haria por ver á usted contento y tranquilo; porque no volviese usted á mirarme con ese torvo ceño, que tan mal sienta en su frente venerable; por no oir, en fin, acerbas recriminaciones, en vez de la bendicion paternal que le pido de rodillas. *(Se arrodilla. El Marqués pone la mano derecha sobre la cabeza de Eugenia y luego la hace levantar y la estrecha en sus brazos. Suena la campanilla.)*

MARQ. ¡Oh! Sí; yo te la doy, celestial criatura... Pero alza, te ruego, y excúsame, que hartos tengo sobre mí, el oprobio de verte á mis piés... ¡Cuando yo debiera postrarme á los tuyos!

PETRA. *(Á la puerta del foro.)* Don Arturo..., el hijo del Baron...

EUGENIA. ¡Ah! ¡Tan pronto...

MARQ. Que pase á mi despacho, y llevad luces... *(Petra se retira.)* Tú no estás ahora para recibirle.—Serénate... Le entretendré con cualquier pretexto... Despues... ¡Ea, valor! No llores... Volveré... Adios... *(Parándose á la puerta y dirigiendo á Eugenia una mirada melancólica.)* (¡La infeliz... ¡Soy un miserable!)

EUGENIA. *(Dejándose caer en una silla con sumo abatimiento, y alzando los ojos y juntando las manos.)* ¡Madre mia! ¡Madre mia!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala interior en la quinta del Baron. Puerta en el foro, que deja ver una antesala, suponiéndose que guia á la sala principal por la izquierda del actor. Dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda. Muebles de lujo. Luces.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA.—EL BARON.—ARTURO.

(La Baronesa aparece con un rico prendido cargado de flores y brillantes, pero en bata todavia.)

ARTURO. ¡Si le digo á usted que es cosa hecha!
BARON.ª Pero quiero saber todos los pormenores... Cuenta, cuenta.
ARTURO. El Marqués me recibió con particular benevolencia.
BARON. *(Á la Baronesa.)* ¿No te lo dije?
ARTURO. Observé, no obstante, en su cara un tinte de..., así..., como de no tenerlas todas consigo.
BARON.ª Como de quien tasca el freno todavia; es natural; pero eso no importa un bledo: no es el Mar-

qués quien se ha de casar contigo. Háblame de Eugenia.

ARTURO. Eugenia... es linda muchacha; es preciso hacerle esta justicia; pero mas séria que el concilio de Trento.

BARON.ª ¿Te recibió...

ARTURO. Con la mas urbana y amable frialdad.

BARON. Como cumple á una señorita modesta y bien educada. ¿Te habia de echar los brazos al cuello?

ARTURO. No; ya conozco que eso hubiera sido extemporáneo. Pero no se ganó Zamora en una hora: ¿verdad, mamá?

BARON.ª Cierto; y hay mas dias que longanizas.

BARON. *(Disgustado.)* ¡Qué refranes de...

BARON.ª ¿La ofreciste el aderezo de brillantes...

ARTURO. Con suma galanteria; pero ella me lo devolvió con la gracia del mundo. *(Saca un estuche y lo toma la Baronesa.)* Aquí está: guárdelo usted para mejor ocasion.

BARON.ª Conque ¡te ha desairado!

ARTURO. Á mí, no; al aderezo, que no ha perdido por eso un quilate de su valor.

BARON. Ha hecho bien en no admitirlo, pero nosotros se lo hemos debido ofrecer.

ARTURO. En fin, miéntras me admita á mí, que es lo esencial, no hay por qué ofenderse...

BARON.ª Cierto; y ántes hay que agradecerla que te azmita de grátis.

ARTURO. Acto continuo, mi suegro presunto nos dejó solos, *tête á tête*; entramos en materia, y con una franqueza que no carece de mérito, me declaró de buenas á primeras que si estaba pronta á darme el sí, era solo por obedecer á su papá; lo que, traducido al castellano, quiere decir que me aborrece con la mayor cordialidad.

BARON.ª ¡Ba! otra le queda; sino que se hace la mojigata por el qué dirán.

BARON. Y aunque eso sea, ella se irá encariñando...

ARTURO. Es posible.

BARON. Y tú sabrás conquistar su corazon á fuerza de finezas y rendimientos.

ARTURO. En eso estoy, aunque...

BARON.ª Y sobre todo, si la señorita, tras de sacarla de

miseria, se nos hace de pencas todavia, otra al puesto; que no estamos en el caso de llamar á la puerta de nadie, y mas de cuatro doncellas de alto saturno...

ARTURO. Coturno, *s'il vous plait*, mamá.

BARON.ª Y mas guapas que esa mocosa, se darian con un canto en el pecho...

BARON. ¡Celia!

ARTURO. Eso mismo se me ocurrió á mí mismo desde luego, *d'abord*, y ya tuve en la punta de la lengua mi dimision; pero recordé que yo tambien tenia más de obediente que de enamorado, y dije para mí: tál para cuál; no nos debemos nada el uno al otro; y esto, que para gentes de poco mas ó ménos sería de mal agüero, para un hombre *comme il faut* es una cucaña, porque asi se nos hará mas ligero á ella y á mí el yugo del matrimonio. Viviremos como dos amigos, como dos condiscípulos, sin altercados, sin celos... y probablemente sin pasiegas, que es la peor de todas las plagas conyugales.

BARON.ª *(Riendo.)* ¡Qué gracia! ¡Qué talentazo!

BARON. Sí; ¡buena cabeza para chichones!

ARTURO. Digo pues, volviendo á tomar el hilo, que, sin embargo de ser tan poco aficionado á los vínculos nupciales, á fuer de hijo sumiso impuse silencio á mi amor propio, arrostré con filosófica entereza los dengues de la futura, que, al cabo, bien pueden ser aparentes, y no desistí de mi pretension.—Y ¿qué quiere usted que le diga?... Como Dios me ha hecho tan original, tal vez me prendó mas la niña con su glacial indiferencia que con su hermosura, porque, *foi de gentilhomme*, me han empalagado siempre las bellezas aristocráticas.

BARON.ª *(Riendo.)* ¡Qué delicia de muchacho!

BARON. ¡Acaba, charlatan!

ARTURO. Yo me propuse á mí mismo este dilema: ó me quiere, ó no me quiere esa desterrada hija de Eva; si me quiere, tanto mejor para mí; y si no me quiere, tanto peor para ella.

BARON.ª Sí, sí, por aquello de al que no quiere caldo, la taza llena.

BARON. ¡Mujer...

ARTURO. Concluyo mi relato diciendo que la vuelta del Marqués interrumpió nuestro tierno diálogo; que interrogada por él, Eugenia confirmó más ó ménos voluntariamente su promesa; que me despedí de ellos con espansiva jovialidad, dejándoles la carretela, y que aquí tendrán ustedes sin mucho tardar al padre y á la hija.

BARON.ª ¡Ah! y yo sin vestir... ¡Mal haya...

BARON. (¡Quiera Dios...)

ESCENA II.

EL BARON.—LA BARONESA.—ARTURO.—COSME.

COSME. *(Á la puerta del foro.)* Señor...

BARON. ¿Qué hay?

COSME. Acaba de venir un alojado...

BARON.ª ¿Un alojado? ¡Fastidio!...

BARON. ¿Por qué? Sea muy bien venido.

BARON.ª Es un engorro y una... Esos concejales no saben distinguir de colores. ¿No están libres de semejantes pejigueras los barones?

BARON. No; ni hay razon para que lo estén. ¿Quién es...

COSME. El que manda las tropas que han llegado hace poco y se han acantonado en Chamberí.

BARON. ¿Qué graduacion tiene?

COSME. Brigadier.

BARON.ª ¡Ah, brigadier...

COSME. Le he franqueado las habitaciones del piso bajo que tiene usía destinadas para ese fin...

BARON. Has hecho muy bien, Cosme. Iré á cumplimentarle...

COSME. Ahora me parece excusado. Ha pedido á sus asistentes agua para lavarse, ropa limpia... y ha dicho que él subirá luego á ofrecer á usías sus respetos.

BARON. En hora buena. *(Cosme se retira á una seña del Baron.)*

BARON.ª Brigadier, ya es otra cosa. Le convidarémos á nuestra suaré.—Pero esta modista de mis pecados...

ARTURO. Yo tambien voy á modificar algun tanto mi *toilette... Sans adieu*, queridos papás. *(Entra en la habitacion de la derecha más inmediata al proscenio.)*

ESCENA III.

EL BARON.—LA BARONESA.

BARON. ¡Ay Celia! Esa boda puede ser muy desgraciada.

BARON.ª No lo creas. La chica, aunque más pobre que las ratas hoy dia, es buena cristiana y no será capaz de una mala partida, y Arturo, que la sabrá camelar en francés y en español...

BARON. ¡Camelar! ¡Qué verbo tan... No digas camelar.

BARON.ª Bien; engatusar... Lo mismo es.

BARON. ¡Sí; lo mismo!

BARON.ª Y en todo caso, yo me atengo al diploma de Arturo.

BARON. Al dilema querrás decir.

BARON.ª Eso; al... dilema.

BARON. Que es harto inmoral por cierto, Celedonia.

BARON.ª Celia querrás decir.

BARON. Aquella interesante jóven merecia un esposo mejor inclinado y ménos aturdido y superficial que Arturo.

BARON.ª Pues de tí salió el quererlos casar de sorpresa en Ávila, ahora cinco años, y desde entónces se te puso entre ceja y ceja que tijeretas habian de ser, y no has parado hasta conseguir tu ojepto. ¿Á qué me vienes ahora con esa pampringada?

BARON. Tienes razon, pero si el orgullo principió la obra, otros sentimientos son los que ahora me animan...

BARON.ª Y cabalmente por orgullo llevaba yo la contraria, porque hárto es aguantar una nuera, sin que amén de eso sea rogada; pero desde que hemos titulado van por otro carril mis imaginaciones. Envidiosas de mis riquezas, me miran como por cima del hombro esas archipámpanas

que diz que descienden de los reyes magos, y solo por darles un tapabocas celebraré que me llame mamá una de ellas.

BARON. No serian tan esquivas si fueses tú ménos jactanciosa, si no tuvieses la loca pretension de eclipsarlas con un lujo estrepitoso...

BARON.ª Hago bien: el que puede lo gasta.

BARON. Hoy mismo parece que de propósito quieres humillar á tus amigas, pues habiendo dicho que la recepcion de esta noche es de confianza, te has cargado de brillantes...

BARON.ª Á nadie le deben nada mis brillantes, y justo es que yo los luzga.

BARON. ¡Á nadie! ¿Olvidas lo que éramos hace quince años, cinco, dos?... ¿Cuál ha sido la base de nuestra fortuna? La casa de Ribasaz. ¡Ah! yo debería en conciencia levantarla de su ruina, sin exigir que Eugenia diese la mano á nuestro hijo; sin abusar ahora de la penuria del Marqués como ántes abusé de su confianza y de su irreflexion; pero, no teniendo valor para tanto, me valgo de ese medio...

BARON.ª Ni de ese ni de ninguno tenias maldita la necesidad. Es cierto que nos han hecho el caldo gordo, como se suele decir, la improvision...

BARON. ¡Oh!...

BARON.ª De esos señores y su poco cauterio.

BARON. Criterio, mujer. ¿Cuándo aprenderás...

BARON.ª ¿Criterio?... Criterio. Bien; otra vez lo diré así.— Es cierto que á sus despensas principiamos á ponernos en zancos; mas para ello no hemos quebrantado, que yo sepa, ninguno de los diez mandamientos.

BARON. ¡Ah Celedonia!

BARON.ª ¡Dale con Celedonia! ¿Olvidas que ya me firmo Celia?

BARON. No extrañes que algunas veces te dé sin advertirlo el nombre con que te conocí y te amé...

BARON.ª ¡Qué! ¿ya no me amas?

BARON. Sí, y aun te amaria más si no afectases tanta prosopopeya.

BARON.ª ¿Qué quieres! Es preciso hacer honor á mi título de Baronesa de la Verbena, título que me ha-

laga porque me recuerda que en una de San Juan tuvieron comienzo nuestro amores.

BARON. Como haces memoria de eso, pudieras hacerla de que entónces ni tú ni yo nos las prometiamos tan felices. Yo último oficial de la contaduría del padre del Marqués; tú oficiala de modista...

BARON.ª ¡Ba! Entónces como entónces y ahora como ahora.—Á propósito, ¿cuándo acabará de venir la mia? Me tiene desesperada, porque quería estrenar esta noche... ¡Ah! ya asoma por allí.

ESCENA IV.

EL BARON.—LA BARONESA.—CASILDA.

(Llega Casilda por el foro con el mismo bulto del acto segundo.)

BARON.ª ¡Gracias á Dios! Gastan ustedes una flema, que no hay aguante...

CASILDA. Pues no hemos levantado mano, porque habia mucho que enmendar...

BARON.ª ¡Eh! No saben ustedes dónde tienen la mano derecha.

CASILDA. Perdone la señora Baronesa. Nuestro taller sabe su obligacion, pero cuando se quiere que se haga en un dia lo que tiene trabajo para seis, y sobre dar tormento al talle, no se tolera la mas pequeña arruga...

BARON.ª ¡Calle la parlanchina!

CASILDA. (¡Hum...) Señora...

BARON.ª ¿Viene todo?

CASILDA. Sí, señora; el vestido y la manteleta.

BARON.ª ¿Y por qué no ha venido á traerlo Madama Fichú?

CASILDA. Usted ha de disimular...

BARON.ª ¿Eh? ¿Qué es eso de ustez? Yo tengo señoría.

CASILDA. (¡Si me valiera!...) Bien; no se atufe usía por eso. Digo que usía disimule, y si el usía es poco, la llamaré reverendisma.

BARON. *(En voz baja á la Baronesa.)* ¡Eh! ¿qué importa...

CASILDA. La maestra no ha venido, porque está con disipela, pero vengo yo, que soy la oficiala mayor interina, y es lo mismo.

BARON.ª ¡Vaya, que se dan hoy un tono las modistas... No era asi en mi tiempo... *(Reprimiéndose.)* Quiero decir....

CASILDA. *(Con malicia.)* Sí; en tiempo de usía...

BARON. *(Vivamente.)* Vamos, hija, entra á vestirte, que es tarde y pronto vendrán visitas...

BARON.ª *(Á Casilda con imperio.)* Sígame ustez.

CASILDA. (¡La cruzaria la cara de mejor gana...) *(Entran por la puerta de la izquierda más cercana al proscenio.)*

ESCENA V.

EL BARON.

¡Qué mujer, Dios eterno, qué mujer! Aceptad en descuento de mis pecados lo que me hace sufrir. Me tiene frito con su genio díscolo y con sus pujos de gran señora..., que nunca lo sabrá ser, y con sus despensas y sus cauterios.

COSME. *(Á la puerta del foro y retirándose en seguida.)* El señor Marqués de Ribasaz y la señorita su hija.

BARON. ¡Ah! Que no se detengan...

ESCENA VI.

EL BARON.—EL MARQUÉS.—EUGENIA.

BARON. *(Saliéndoles al encuentro.)* Señorita, beso á usted los piés. Señor Marqués, sea usted muy bien venido á esta su casa.

MARQ. *(Dándole la mano.)* Saludo al señor Baron.

EUGENIA. Caballero.

BARON. No conduzco á ustedes á la sala de recibo, porque la Baronesa se reserva el honor de hacer á

su tertulia la presentacion de esta señorita, y son ustedes entre las personas invitadas las primeras que nos favorecen, fineza que les agradezco en el alma.

MARQ. Arturo nos rogó que viniésemos temprano...

BARON. Sí; yo se lo encargué para poder á primera hora enterar á usted del plan que he formado y pasos que he dado ya á fin de que nuestros asuntos se terminen amigablemente.

MARQ. En buen hora.

BARON. Pues si gusta usted de pasar á mi despacho, le explicaré... Pero mi mujer está acabando de vestirse, y esta señorita... *(Á Eugenia.)* Si gusta usted de pasar á su tocador...

MARQ. No; aqui nos esperará...

BARON. Pronto saldrá la Baronesa. Entretanto si gusta de distraerse..., allí hay piano... *(Acercándose á la puerta del tocador y entreabriéndola.)* ¡Celia! La señorita de Ribasaz. Date prisa. *(Al Marqués.)* Vamos... Hasta luego, hija mia. *(Entran el Marqués y el Baron en la habitacion de la derecha mas inmediata al foro.)*

ESCENA VII.

EUGENIA.—LA BARONESA.

EUGENIA. Dadme fortaleza, Dios mio...

BARON.ª *(Asomando la cabeza.)* ¡Próspero... ¡Ah! Mil perdones, Eugenita, y mil felices noches.

EUGENIA. Beso á usted la mano...

BARON.ª Por culpa de la condenada de la modista no estoy toda yo visible; pero en breve...

EUGENIA. ¡Oh! no se apresure usted por mí...

BARON.ª Con tanta confabulacion de trencillas y corchetes y... no puede una... Pero ustez es ya como de casa y dispensará... Soy con ustez al momento. *(Se retira y cierra la puerta.)*

ESCENA VIII.

EUGENIA.

¡Y yo he de profanar el dulce nombre de madre dándoselo á esa mujer!... Faltaba este tormento á mi corazon, tantas veces y tan dolorosamente lacerado! Pero ¡ay triste! ya dí mi palabra, palabra de que aun hubiera podido desempeñarme el hombre á quien me sacrifican, si tuviese siquiera un mediano discurso, ya que no le es dado ni por su cuna ni por su índole blasonar de caballero. *(Queda melancólicamente pensativa.)*

ESCENA IX.

EUGENIA.—FERNANDO.

FERN. *(Entrando por el foro.)* (No puedo excusar este cumplido...) *(Acercándose.)* Señora...

EUGENIA. *(Volviendo la cabeza.)* ¡Ah!... Caballero...

FERN. ¿Es la señora Baronesa á quien tengo el honor... ¡Cielos!

EUGENIA. ¡Oh Dios! ¿Será sueño... ¡Fernando! *(Le abraza.)*

FERN. ¡Eugenia mia!

EUGENIA. *(Separándose de los brazos de Fernando.)* ¡Ah! ¿qué he hecho yo? Aléjese usted de mí. ¡Dios mio! Ha sido un movimiento involuntario..., una sorpresa que nunca perdonaré á mi corazon!

FERN. ¡Qué oigo! ¿Te pesa de haber dado los brazos, sino al amante fiel, al amigo cariñoso y sincero? ¿En qué te he ofendido yo para rechazarme así?

EUGENIA. ¡Y usted me lo pregunta! ¡Usted, que me juró amor eterno!

FERN. Y Dios sabe que mi fé...

EUGENIA. ¡Usted, que en tal angustia me dejó, y al cabo de tantos años no se ha cuidado siquiera de saber si soy muerta ó viva.

FERN. ¡Oh Dios! Segun eso, no recibió usted mis cartas...

EUGENIA. ¡Ninguna!

FERN. Alguna mano enemiga impidió sin duda que llegasen á las de usted. Yo ¡desdichado! atribuia el silencio de usted, unas veces á desamor, otras á un esfuerzo de virtud, al penoso deber de no alimentar esperanzas que no podia usted cumplir. ¡Y me resignaba con mi infortunio, y hasta me consolaba de él la idea de que usted sería acaso ménos desgraciada que yo! Al fin puse término —¿qué habia de hacer?— á la inútil tarea de escribir á quien no queria... ó no debia contestarme.

EUGENIA. ¡Ah Fernando, Fernando! ¿Por qué nos conocimos; por qué nos amamos?—Sí, yo le creo á usted; ese es el mismo acento de honradez y de veracidad que en mejores dias persuadia y dominaba el alma de la infeliz Eugenia. Usted me fué constante por mas tiempo quizá del que yo podia justamente exigir. Si despues se ha unido usted á otra con vínculos sagrados...

FERN. ¡Cómo! ¿Yo...

EUGENIA. Los debo respetar; y acaso he sido ya sobrado imprudente...

FERN. ¡Cielos! ¿Qué error es este, ó qué impostura... ¿Yo vínculos con otra? Quien se lo haya dicho á usted miente como un villano.

EUGENIA. ¡Gran Dios! Por don Próspero lo he sabido, el antiguo administrador de mi padre, hoy opulento magnate y dueño de la quinta en que está usted alojado.

FERN. La ha engañado á usted. ¡Oh! yo le haré desmentirse, ó juro por esta cruz... *(Pone la mano sobre la de San Fernando que lleva en el frac.)*

EUGENIA. No le considero incapaz de una felonía; pero ¿cómo no creerle... Él presentó á mi padre una papeleta, que yo leí y conservo, en que el capitan don Fernando Sigüenza...

FERN. *(Recordando.)* ¡Ah!

EUGENIA. Le daba parte de haberse casado con una doña Isabel... en Vitoria...

FERN. ¡No digas mas! Hay en el ejército efectivamente un oficial que lleva mi nombre y mi apellido, aunque ningun parentesco tengo con él. Puede haber sido engañado el mismo don Próspero... ¡Fatalidad!... ¿Yo casarme con otra? ¡Jamás! Tú fuiste y tú serás mi único amor miéntras yo viva.

EUGENIA. ¡Dios poderoso! Y yo... ¡Oh aciaga estrella mia!, ¿no te cansarás de perseguirme?

FERN. Ni era posible que yo me uniese á otra mujer, ni que siendo cierto lo negase. Ademas, mi graduacion es otra; soy ya brigadier, gracias á mi espada y á la munificencia de la Reina por cuyos derechos imprescriptibles he combatido.

EUGENIA. ¡Ay! cada palabra tuya es un puñal que traspasa mi pecho; ¡este pecho donde ni un instante has dejado de reinar!

FERN. ¡Eugenia adorada!

EUGENIA. Y sin embargo... ¡Oh flaqueza mia! ¡Oh rubor!

FERN. ¿Qué dices!

EUGENIA. ¡Cuán ufana estoy de verte, siempre bueno, siempre leal y generoso... y ya brigadier, aunque en la flor de tu juventud! ¡Ah! ningun asombro me causa tu rápida carrera. Segura estoy de que no debiste al favor tu honroso entorchado.

FERN. No, bien mio; en el campo de batalla lo gané como todos los grados anteriores; ¡y no los codiciaba!, yo te lo juro. ¿Para qué, si no podia gloriarme de ellos á los ojos de mi dama?

EUGENIA. Tu dama no merecia tan acrisolada ternura, tan ejemplar abnegacion; esta mujer débil y vulgar no ha sabido hacer por tí otra cosa que orar y gemir; osó acusarte de una culpa imaginaria, y ella es la culpable; pero ¡cuánto lo es, Dios mio!... El alma abogaba por ti, y el labio obedecia á extrañas sugestiones... ¡Oh Fernando!... Maldíceme, aborréceme. Tú no puedes imaginar cuán grave ha sido mi ofensa, cuán vilmente te he vendido!

FERN. ¡Tú! No puede ser. Desdicha tuya y mia será lo que tú juzgas vileza.

EUGENIA. No; mi cobarde lengua ha pronunciado un sí falaz, sacrílego.

FERN. ¿En los altares?

EUGENIA. Todavía no; pero harto criminal es ya, por ser yo quien le ha dado y por ser quien es el que le ha recibido.

FERN. ¿Será posible...

EUGENIA. ¿No te admiras, Fernando, de verme aquí? ¿No adivinas quién puede ser el dueño que me destinan?

FERN. ¡Hilario! ¡Aquel menguado...

EUGENIA. Sí; y es ahora mil veces mas detestable para mí que entonces; pero su padre es rico, inmensamente rico; ¿y qué título mas respetable para esta generacion degradada? ¡Vergüenza! ¡Maldicion!... Y mi padre se halla sumido otra vez en la miseria..., y mi madre... ¡en el cielo!

FERN. Ya supe... ¡Desventurada!

EUGENIA. Ya puedes suponer que el engrandecimiento del uno y la ruina del otro reconocen el mismo orígen.

FERN. ¡Oh! Sí.

EUGENIA. Pobre mi padre y sin valor para arrostrar las consecuencias de su prodigalidad, rogado por el mismo don Próspero, fascinado por sus brillantes promesas...

FERN. ¡Comprendo! No le llames padre, sino padrastro cruel.

EUGENIA. ¡Ay! yo hubiera resistido á sus especiosas razones, a sus imperiosos mandatos; pero no he podido hacerme superior á sus lágrimas, á su desesperacion; y sola, sin respiro, sin defensa, perdida para siempre la esperanza de ser tuya... Pero—por el alma de mi madre te lo juro—si aun asi es imperdonable mi flaqueza, mi juez más severo soy yo misma, y no es posible concebir más horrible suplicio que el que estoy sufriendo.

FERN. ¡Suplicio! No es eso lo que el cielo te debe reservar, sinó lauros y adoraciones.

EUGENIA. ¡Qué! ¿tú me perdonas...

FERN. ¿Qué es perdonarte? Te venero como á una mártir, te ensalzo como á un ángel, te idolatro como siempre, ¡mas que nunca!

EUGENIA. ¡Oh júbilo inefable! Con tal consuelo, con tal escudo ya nada temo ni á nadie. Dios quiere que cesen mis afanes, mis congojas; ¡Dios, que te vuelve á mis ojos tan digno de que yo me mire y me embelese en los tuyos! Retracto mi ignominiosa y forzada promesa y recobro mi energía. Dame ese brazo valeroso, mi fiel amante, mi noble campeon, *(Tomando el brazo de Fernando.)* y el necio que osaba ser tu rival oiga de mi boca la merecida repulsa, y prefiérale á tí mi padre ¡si á tanto se atreve!

FERN. Eugenia, esa amorosa exaltacion me embriaga de placer; pero conviene obrar con cautela, porque estamos en pais enemigo, y evitar mientras sea posible, una escena ruidosa. *(Eugenia suelta el brazo de Fernando.)* Puesto que el cielo ha vuelto á reunirnos, y para no mas separarnos, porque harto hemos penado uno y otro para volverlo á consentir, ya veremos de dar á la contienda en que estamos empeñados un sesgo decoroso, pacífico. Yo hablaré al Marqués,... al mismo Hilario si es preciso... *(Viendo que se abre la puerta del tocador.)* ¡Ah! Separémonos.

ESCENA X.

EUGENIA.—FERNANDO.—LA BARONESA.

BARON.ª Ya estoy aquí, queridita. Por no hacerle á ustez esperar mas tiempo, salgo sin la manteleta nueva. La modista queda haciéndole unos frunces porque no armaba bien. ¡Son tan torpes nuestras menestralas!... ¡Ah, caballero... Beso á usted... Usted será el alojado.

FERN. Muy servidor de usted, señora. Vengo á ponerme á sus piés.

BARON.ª Gracias, y repito... Á propósito, hoy tenemos

un poco de reunion, y si gusta ustez de acompañarnos á tomar el té...

FERN. Con mucho gusto, señora.

BARON.ª Habrá ustez de perdonar la pequeñez... (Yo he visto en alguna parte esa cara... ó cosa equivalente.)

FERN. (¡Tan fantasmona y tan caricata como siempre!)

BARON.ª Tengo el honor de presentar á ustez mi proyectada hija política...

FERN. (¡Antes ciegues que tal veas!)

BARON.ª La vizcondesita de Valendrino.

EUGENIA. Yo no...

FERN. (*Interrumpiéndola.*) Será muy dichoso el dueño de tantas perfecciones.

COSME. (*Anunciando.*) Las señoras de Galarza; el caballero...

BARON.ª Que pasen á la sala. Voy al momento... *(Acercándose al foro.)* Soy con ustedes; pasen ustedes; no se detengan ustedes y perdonen ustedes. *(Cosme se retira, atraviesan el forillo de derecha á izquierda varias señoras y algunos caballeros, y mas adelante otros convidados de ambos sexos.)* Vamos, hijita.

EUGENIA. (Me hace mal ese halago postizo.)

BARON.ª Tengo que recibir á mi tertulia y presentarte...

EUGENIA. (¡Me tutea! ¡oh!...)

BARON.ª Ustez tambien nos hará la... filantropía de acompañarnos.

ESCENA XI.

EUGENIA.—FERNANDO.—LA BARONESA.—ARTURO.

BARON.ª ¡Ah! ya está aquí mi hijo. Él se encargará de ser el portador de ustez.

FERN. ¡Oh!...

ARTURO. Con mil amores, *(Dudando.)* señor...

BARON.ª Es el alojado.

ARTURO. Señor Brigadier.—Eugenita... (*Eugenia contesta con una leve inclinacion de cabeza.*)

FERN. Muy servidor... (¡Qué apunte!)
ARTURO. Esta casa se honra mucho...
BARON.ª Mientras ellos se escopetean á cumplidos, vamos nosotras á la sala, pimpollo. Hasta luego, mi brigadier.

ESCENA XII.

FERNANDO.—ARTURO.

ARTURO. Repito que nos cabe mucha satisfaccion.... Pero... juraría que no es esta la primera vez que nos vemos.
FERN. Juraría usted bien.
ARTURO. Sí, me parece que... en Ávila...
FERN. Justamente.
ARTURO. No doy con el nombre... Pero sí; el mismo. Y no se ha desfigurado usted mucho. Solo el bigote... Usted es Fernando..., don Fernando Sigüenza.
FERN. Para servir á usted.
ARTURO. ¡Cosa como ella!... ¡Y alojarse usted precisamente en mi quinta...
FERN. ¡Ahí verá usted! Pero no sabia yo que usted la habitase: lo puede usted creer.
ARTURO. Pues aun me sorprende mas el salto que ha dado usted... ¡Cáscaras! Ni el de Alvarado. Ó la papeleta está equivocada, ó no comprendo cómo ha ascendido usted en tres meses de capitan á brigadier; aunque, á decir verdad, mayores fenómenos hemos visto en esta era fenomenal.
FERN. *(Mirando fijamente á Arturo.)* ¡Yo lo creo! Ahora mismo estoy yo viendo uno...
ARTURO. ¿Eh?
FERN. Yo soy el Fernando de Ávila...
ARTURO. Sí, sí.
FERN. Pero no soy el de la papeleta. Si se me ha confundido con él, ha sido efecto de un lastimoso error... ó de una infame superchería.
ARTURO. No sé... Yo me lavo las manos...
FERN. Sepa usted que soy soltero...

ARTURO. Por muchos años...

FERN. ¿Eh?

ARTURO. Quiero decir... En fin, soltero ó casado, celebro infinito que la casualidad me haya hecho patron de mi sustituto.

FERN. Gracias.

ARTURO. ¡Y ya Brigadier! ¡No es nada... Á mí me debe usted su brillante carrera.

FERN. ¡Oiga! ¿Es usted el ministro de la Guerra?

ARTURO. No, pero á no haberme usted sustituido, me hubieran dado á mí los ascensos...

FERN. ¿Sí?

ARTURO. Es claro. ¡Qué lástima! Ahora luciría yo el entorchado... Debe usted estarme muy agradecido.

FERN. ¿De véras? Pues á mí me parece que la perspectiva de usted, puesto en mi lugar, hubiera sido muy diferente: mucho cepo de campaña, mucho palo, y hoy en la garrapata y mañana en el hospital.

ARTURO. (*Cortado.*) Ya... Si la suerte... Yo... Eso depende...

FERN. De todo eso, y quizá tambien de ser pasto de cuervos, aunque con ménos probabilidad, le libré yo á usted sustituyéndole: luego no soy yo quien debe estar agradecido á usted, sino al contrario.

ARTURO. Ya; sentando usted *á son gré*, á su gusto, las premisas... No obstante, el hecho es que á mí me hacia muy poca gracia el chopo y que usted lo tomó por mí. En este concepto confieso que soy á usted deudor de una merced señalada.

FERN. Que usted quiere pagarme con otra sustitucion...

ARTURO. ¡Cómo!

FERN. Aspirando á casarse con la prenda de mi corazon...

ARTURO. ¡Pche...

FERN. Pero así ha nacido usted para ella como para el entorchado.

ARTURO. *C'est trop fort*, mi Brigadier. Á mí no me falta ningun requisito para...

FERN. Sí, señor; el principal.

ARTURO. Yo...

FERN. Agradar á la novia.

ARTURO. ¡Pche... Algo hay de eso. La falta de buen gusto es el único defecto que he notado en esa amable criatura.

FERN. ¡Vive el cielo... ¿Sabe usted que yo soy el objeto, el único objeto de su amor?

ARTURO. Bien está; pero yo no me referia á... ¿eh? Yo lo decia por... (Me corta el revesino.)

FERN. ¡Eh! Si ha de ser usted mi adversario, séalo con dignidad, ó déjeme libre el campo.

ARTURO. (Habrémos de transigir.) Yo le diré á usted.... (¡Vaya un hombre intempestivo!) Si hemos de hablar francamente, tampoco estoy yo ciego de amor, *éperdu* por esa señorita; que si lo estuviera, ¡hum...

FERN. ¿Eh?

ARTURO. *(Riéndose.)* Pero yo soy así... ¡tan original....

FERN. En efecto.

ARTURO. Y como eso de casarse por amores es, en mi dictámen, una vulgaridad, y mis padres se empeñan en darme estado, porque no se extinga la estirpe de los Maquilas...

FERN. ¡Oh! sería una calamidad.

ARTURO. He condescendido, bien á mi pesar, se lo aseguro á usted, porque no quisiera renunciar tan pronto á la libertad de soltero. Ademas, yo soy un atolondrado, un calavera, lo que se llama un *mauvais sujet*, pero, aqui donde usted me ve, no tengo mal fondo, y si ustedes se aman todavia, sentiré en el alma servir de obstáculo á su felicidad, sin lograr por eso la mia.

FERN. Pues siendo asi..,

ARTURO. Lo malo es que el Marqués y Eugenia han dicho que están conformes...

FERN. Puede que ya no lo esten.

ARTURO. ¡Calle! Conque ¿estoy amenazado de dimisorias...

FERN. Solemnes...—Pero usted las puede evitar.

ARTURO. ¿Cómo?

FERN. Dándoselas á la novia. Ese sería un golpe maestro..., original. Ni ella, ni yo, ni su padre, nos daríamos por ofendidos.

ARTURO. ¡Oiga! pues... Sí, por cierto; esa seria una excentricidad que me haria célebre... Convenidos. Vamos al salon, le presentaré á usted, y combinarémos... Esto va á ser sonado. Todos dirán: ¡cosas como las que le ocurren á ese Arturo!...

FERN. Pues ¡qué! ¿ya no es usted Hilario?

ARTURO. Otra originalidad de las mias. Á mamá se le antojó que tomase el nombre de Arturo, y yo lo adopté:.. por inspiracion.—Conque ¿vamos?

FERN. Bien.

ARTURO. *(Ofreciéndole el brazo.)* Sírvase usted...

FERN. *(Tomándolo.)* Sí. (Es tonto de capirote.) *(Dirigiéndose á la sala principal por la izquierda del forillo encuentran en él á la Baronesa, y Fernando la saluda.)*

ESCENA XIII.

LA BARONESA.—EL MARQUÉS.—EL BARON.

BARON.ª *(Dirigiéndose á su tocador.)* ¡A ver si con mil de á caballo ha concluido ya esa záfia de arreglar la manteleta! *(Entreabriendo la puerta.)* ¡Vamos! ¿Está eso?

CASILDA. *(Dentro.)* Al momentito: estoy dando las últimas puntadas.

BARON.ª Aquí espero. *(Se compone el tocado mirándose á un espejo situado entre las dos puertas laterales de la izquierda. Salen del despacho del Baron éste y el Marqués.)*

BARON. No hay mas que hablar: desde mañana cobra usted á razon de cincuenta mil reales al año, y le doy médio adelantado, sin descuento.

MARQ. Bien; gracias. (Pero ¡mi pobre hija!...)

BARON.ª ¿Quién habla... *(Volviendo la cabeza.)* ¡Ah! señor Marqués...

MARQ. Señora...

BARON.ª Bien venido...

MARQ. Gracias.—Eugenia...

BARON.ª Está en la sala. *(Al Baron.)* ¿Qué haces, que no llevas al Marqués...

MARQ. Sí, vamos... (¡Oh remordimientos!...)

BARON.ª Allá voy yo incontinente. *(El Marqués y el Baron desaparecen hablando en voz baja y tomando la direccion indicada.)*

ESCENA XIV.

LA BARONESA.—CASILDA.

CASILDA. *(Trayendo la manteleta.)* Ya he acabado. ¡A ver si ahora está á gusto de usía!

BARON.ª Bien; póngamela ustez, que ya es hora de que yo la estrene, esté bien ó mal. *(Estando de cara al espejo la Baronesa, le pone la manteleta Casilda.)*

CASILDA. Veamos, aunque por mi voto no habia necesidad de tocarla.

ESCENA XV.

LA BARONESA.—CASILDA.—ARTURO.

ARTURO. (Ya dejo instalado á mi amable rival, y resuelto yo á dar una campanada, voy á meditar á solas un breve discurso que dé color á la peripecia.)

BARON.ª Algo mejor está ahora.

ARTURO. (¡Mamá! La tiemblo.)

BARON.ª ¿Qué tal me sienta por detras?

CASILDA. Perfectamente.

ARTURO. (¡Hola! Buen talle tiene la costurera.)

CASILDA. Prenderemos, si á usia le parece, unos alfileritos...

BARON.ª Bien; sí. *(Sujeta Casilda la manteleta con alfileres sobre los hombros de la Baronesa.)*

ARTURO. (¡Buen reverso! Hay brio en esa cintura y toda la topografía parece bien contorneada. Si el frontispicio corresponde...)

CASILDA. ¿Está asi bien, ó la bajaremos un poquito...

BARON.ª *(Componiéndose las cocas.)* No; ya no hay que tocarla.

ARTURO. (¡Ese es el buen género! Sabroso como ninguno

y no tan sujeto á aduanas y resguardos como...)

CASILDA. Pues con permiso de usía...

BARON.ª (*Dando la cara al público.*) Vaya usted bendita de Dios.

CASILDA. (*Volviéndose para retirarse y encarándose con Arturo.*) ¿Qué veo, Dios de los ejércitos!

ARTURO. ¡Casilda! (¡La hemos hecho buena!)

CASILDA. Sí, traidor!

BARON.ª ¿Qué es esto?

CASILDA. Casilda soy; tu vítima...

ARTURO. (Mejor será largarme...)

CASILDA. (*Asiendo de los faldones á Arturo.*) ¡No te irás; no te suelto!

BARON.ª Pero ¿qué arrechucho...

ARTURO. (*Bajando la voz.*) Ya nos veremos... Suelta... Me vas á romper el frac.

CASILDA. (*En alta voz.*) Pues te agarraré del brazo. (*Lo hace.*)

BARON.ª ¡Cómo... Qué significa esa familiaridaz...

CASILDA. No hay que escandalizarse. Este mueble es mio.

ARTURO. (¿Quién creyera... ¡Es apuro!)

BARON.ª ¡Mueble mi hijo...

CASILDA. ¡Qué oigo!

BARON.ª ¡Y mueble de ustez! ¡Desacato!...

CASILDA. ¿Hijo ha dicho usía? ¿Está usía segura de que es hijo suyo ese mostro?

BARON.ª ¡Otra que bien baila! ¿Quién pregunta eso á una madre?

CASILDA. ¡Ah Emeterio, Emeterio!

BARON.ª ¿Que Emeterio ni que... Arturo se llama. Ustez le toma por otro.

CASILDA. ¡Sí, facilito es eso! Le conozco demasiado para que se me pueda despintar.

BARON.ª (*A Arturo.*) ¡Y callas tú!

ARTURO. ¡Mamá... (¿Cómo saldré de este berenjenal?)

BARON.ª Desmiente á esa mujer.

CASILDA. ¡Oh! que me desmienta, si se atreve, y ahora mismo le cito á juicio de consideracion.

ARTURO. (¡Cáspita!)

CASILDA. Tengo pruebas, tengo testigos...

ARTURO. (¡Zape!)

BARON.ª ¡Yo me aspo!

CASILDA. Conque ¿hasta en el nombre me has engañado?

Y la farmacopea será tambien otra farándula.

BARON.ª Farma... ¿Qué?

CASILDA. ¡Triste de mí! ¡Ya podia yo escribir á Migueltura...

ARTURO. (Mientras yo estaba en París.)

BARON.ª ¡Miguel Turra! ¿Quién es ese ciudadano?

CASILDA. Conque ¿eres hijo de Baron? ¡Quién lo hubiera dicho!

ARTURO. Sosiégate, Casilda. Ya veremos de subsanar....

BARON.ª Conque ¿es cierto, hijo indigno...

ARTURO. Aberraciones... ¡Cuartos de hora climatéricos... Pero todo se compondrá si Casilda procede como muchacha de razon. A falta de mi mano, que no le puedo dar, aunque quisiera, sin faltar á ciertas conveniencias sociales y sin descompaginar el escalafon civil...

CASILDA. ¿Eso me dices ahora, hombre sin fe y sin palabra?

BARON.ª Pues ¡qué! ¿Se habia de casar con ustez mi hijo? ¿Con una mujercilla de poco más ó ménos?

CASILDA. ¡Señora!... No me busque usted la lengua...

ARTURO. ¡Paz, silencio, por Dios...

BARON.ª ¡Pues no faltaba otra cosa! ¡Primero ha de haber aquí una sarracina! Primero me gastaré hasta la cerilla de los oidos que emparentar con gentuza!

CASILDA. ¡Doña Celedonia!...

ARTURO. No la ultraje usted, mamá. No es Casilda una jóven adocenada...

CASILDA. *(Llorando.)* ¡Ay Dios!...

ARTURO. (Y á fé que nunca me ha parecido tan... confortable como ahora.) Casilda es toda una artista... en costura, y á fuer de artista tiene un alma demasiado elevada para aceptar un marido... poco espontáneo, y una suegra á regaña dientes; pero somos ricos y el dinero soldará...

CASILDA. ¡Dinero!...

BARON.ª Eso es otra cosa. Yo me pongo en la razon. Que pida lo que quiera; su boca será medida.

CASILDA. *(Con resolucion y alzando gradualmente la voz.)* No quiero dinero: eso sería ser tan infame como él. Mi honra no se rescata con todo el oro del mundo: ¿lo oye usted?

ARTURO. ¡Casilda!...
BARON.ª ¡Silencio!... *(Casilda patea y solloza.)*

ESCENA XVI.

LA BARONESA.—ARTURO.—CASILDA.—EL MARQUÉS.—FERNANDO.—EUGENIA.—EL BARON.—DAMAS.—CABALLEROS.

BARON. ¿Quién alborota así mi casa?
ARTURO. ¡Basta! Modera tu irascibilidad... (¡Es que me voy enterneciendo!)
BARON. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué llora esa mujer?
CASILDA. Porque su hijo de usted es un descastado y un sin conciencia, que me ha burlado,... ¡que me ha perdido!
BARON. ¿Qué oigo! ¡Arturo! *(Murmullos de la tertulia. Comentan tambien en voz baja lo que pasa el Marqués, Eugenia y Fernando.)*
ARTURO. ¡Papá!...
BARON.ª Eso se verá. No la hemos de creer á ustez por su palabra.
CASILDA. Mi palabra vale tanto como la de usted... y me quedo corta; y si pido que ese falso me cumpla la suya, es porque no puedo pasar por otro punto, no porque me tienten sus riquezas ni por la fachenda de ser señorona de título; no; ¡bien lo sabe Dios! Yo estoy hecha á vivir con poco, y lo sé ganar; y á haber sabido quién era y lo que pretendia, le hubiera echado con cajas destempladas en vez de... *(Dejándose caer desconsolada en una silla.)* ¡Oh Dios mio, Dios mio!
BARON. (¡Oh sonrojo!...)
ARTURO. (¡Todos aquí! Este vá á ser un trueno de grande espectáculo.)
BARON.ª Estoy sofocada.
BARON. *(Asiendo con ira un brazo de Arturo.)* ¿Qué es esto, Arturo? ¿Cuál es la causa de este escándalo?
ARTURO. Señor...
BARON. Di la verdad: te lo mando.

BARON.ª La verdad es que, por lo visto, esa individua ha estado en relaciones con Arturo; que no sabemos quién ha pecado más, si él de travieso ó ella de... de poco avisada; que si hay daños y perjuicios, estoy pronta á dar en metálico la indegnizacion correspondiente; pero ¿casaca? ¡No en mis dias! Es ella poca persona para nuera mia.

CASILDA. (*Levantándose.*) Esto ya pasa de la raya, señora mia, y ya que usted me provoca con ilusiones personales, ha de saber todo el mundo que usted fué lo que yo soy.

BARON.ª ¡Cómo, insolente...

BARON. (*Con imperio á media voz.*) ¡Calla!

CASILDA. Y que usted mismita es una prueba palpitante de que una modista puede llegar á ser Baronesa. (*Vuelven los murmullos, sazonados con risas maliciosas.*)

BARON.ª ¡Mentira! ¡Uf! ¡Falso testimonio...

BARON. (*Como antes.*) ¡Calla, te digo! Te está bien empleado por imprudente y por vana. (*Siguen los cuchicheos. Arturo medita.*)

FERN. (*Aparte con el Marqués y Eugenia.*) ¿Qué dirá ahora el insigne Arturo?

EUGENIA. ¡Ay padre...

MARQ. Estoy corrido de vergüenza. (*Siguen los tres hablando aparte.*)

BARON. (Si yo pudiese con buenas palabras persuadirla á que desistiese...) (*Á Casilda.*) Óigame usted... (*Habla con ella aparte.*)

BARON.ª (*Al acompañamiento.*) No la crean ustedes. Es una deslenguada, embustera... (*Sigue hablando en voz baja con los tertulios.*)

ARTURO. (¿Qué hago?... ¡Ah! ¿no andaba yo á caza de una idea verdaderamente original? Pues ¿cuál mejor...) (*Con gravedad y alzando la voz.*) Pido la palabra. (*Movimiento general de curiosidad y cesan las conversaciones parciales.*)

BARON. (¿Qué irá á decir?)

ARTURO. Señoras y señores: considerando que vivimos en una época de libertad, igualdad y fraternidad; considerando que Dios nos ha hecho á todos de la nada; considerando que la peticiona-

ria tiene razon que le sobra; considerando que interceden por ella sus gracias personales, sus lágrimas ardientes, mis naturales instintos, y sobre todo, el grito santo de la naturaleza,... ¡hé aquí mi mano!

CASILDA. *(Corriendo á tomarla.)* ¡Ah!

ARTURO. Me declaro su marido y conjunta persona. *(Risas y murmullos de aprobacion.)*

MARQ. *(Á Eugenia en voz baja.)* ¡La cabra tira al monte!

BARON.ª *(Intentando separar á Arturo y Casilda.)* ¡Eso no! ¡Afuera! Yo no sufriré...

BARON. *(Con entereza.)* Yo sí, y á lo hecho, pecho, señora Baronesa; que si ayer pudo ser más cuerdo, hoy obra como hombre de honor. Dios os haga bien casados, hijos mios. *(Nuevos murmullos de aprobacion. Palmoteo.)*

CASILDA. *(Queriendo arrodillarse, y lo mismo Arturo.)* ¡Ah señor!...

ARTURO. ¡Padre!...

BARON. ¡Quietos! Abrazadme.

BARON.ª ¡Tú los perdonas! ¡Tú los abrazas! ¡Qué bochorno!... Pues yo me matengo en mis trece, y pondré el grito en el cielo, y haré y aconteceré... *(Á Arturo y á Casilda, que se acercan en ademan de súplica.)* ¡Apartad, ó mi furia... *Al Baron que vá tambien á hablarla.)* ¡Y tú tambien! Ya no quiero ser madre, ni suegra,... ni mujer. Haré rancho aparte, y por no veros me pronunciaré, me divorciaré, emigraré... ¡Ah qué horrorosidaz! *(Entra en su tocador y cierra de golpe la puerta.)*

ESCENA XVII.

CASILDA.—ARTURO.—EL MARQUÉS.—EUGENIA.—FERNANDO.—EL BARON.—LOS CONVIDADOS.

ARTURO. (Oh cruda madre!)

BARON. (¡Sea todo por Dios!) *(Acercándose á los convidados.)* Señoras, caballeros, ya que no he po-

dido excusar que sean ustedes testigos de una escena... más ó ménos divertida para espectadores curiosos é indiferentes, pero doméstica, no extrañarán ustedes que, pidiéndoles mil perdones, les ruegue nos permitan concluirla en sesion secreta. (*Los convidados se retiran saludando, y aun en este acto mostrarán con diferentes gestos el vario efecto que ha debido causarles lo que han presenciado. El Marqués, su hija y Fernando hacen ademan de estar tambien glosando la ocurrencia, y al volver la cabeza el Baron, cerrando ántes la puerta del foro, sorprende á Casilda y Arturo, que asidos de las manos saborean al parecer un tierno coloquio.*)

ESCENA XVIII.

CASILDA.—ARTURO.—EL MARQUÉS.—EUGENIA.—FERNANDO.—EL BARON.

ARTURO. Aquella merienda en el soto de Migascalientes... ¿Te acuerdas...

CASILDA. Sí. ¡Oh regodeo!...

BARON. (*Con risa irónica y separando las manos de Arturo y Casilda.*) ¡Bien, hijos mios! Me alegro de veros tan amartelados... (¡Maldicion!...) Pero ahora me hariais un obsequio en quitaros de delante. (*Á Arturo.*) Anda tú á ver si puedes aplacar á tu madre. (*Á Casilda.*) Espéranos tú en aquella habitacion. (*Señala á la de la izquierda cerca del foro.*)

ARTURO. (¡He puesto una pica en Flandes!) (*Saluda y entra en el tocador.*)

CASILDA. (*Afectando señorío.*) Beso á ustedes las manos... (*Fijando la vista en Eugenia.*) ¡Ah! No habia reparado... ¡Usted por aquí!

BARON. (*Impaciente.*) ¡Oh! basta...

EUGENIA. Sí, Casilda. Que sea en hora buena.

CASILDA. Gracias; para lo que usted guste...

BARON. ¡Vamos...

CASILDA. Abur. (¡Seré Baronesa!) *(Entra con aire majestuoso en la habitacion designada.)*

ESCENA XIX.

EUGENIA.—EL MARQUÉS.—FERNANDO.—EL BARON.

BARON. Señor Marqués, el lance que me ha privado de cumplir á usted mi palabra y de realizar el más grato y vehemente de mis deseos, es de tal naturaleza, que casi me dispensa de implorar el perdon de usted y el de su adorable hija. Solo diré que de todo punto ignoraba los necios compromisos de Arturo, y que mi involuntario error ha sido bien cruelmente castigado.

MARQ. Baron, yo le compadezco á usted de todas véras y ni rastro queda en mi alma del antiguo resentimiento. Acatemos todos y bendigamos la mano de la Providencia; y yo mas que todos, porque ménos que nadie merecia sus beneficios. Usted ignoraba los desórdenes de su hijo; yo tambien, cuando iluso iba á consumar el sacrificio de mi Eugenia, ignoraba que tan cerca de nosotros estuviese el más generoso de los amantes y el más honrado de los hombres.

FERN. ¡Señor Marqués!...

EUGENIA. ¡Padre adorado!..

BARON. ¡Ah!... Fernando... No sabia... No me habia fijado... *(Dándole la mano.)* ¡Mil parabienes, señor don Fernando! ¡Oh! sí; todo ha sido aquí providencial. Dios dá á cada uno su merecido.—Me permitirá usted, sin embargo, que no le agradezca ahora el haber sustituido á mi hijo. Él, de seguro, no hubiera sido un héroe como usted, pero los cabos de escuadra me le hubieran domado mejor que las modistas de aquí y las grisetas de allá.—¡Eh, cómo ha de ser... Más tarde ó más temprano llega para todos el dia de la expiacion, y yo... ¡No más!

(Mostrando la puerta del tocador.) Vuelvo á mi cruz... ¡Ay! ya no es una sola.—Se quedan ustedes en su casa... ¡Ah! Porque la boda se haya frustrado, señor Marqués, no he variado en mi firme propósito de reconciliarme con usted á todo trance: al contrario. *(Sacando papeles del bolsillo.)* Aquí están los créditos que tenia contra usted. Renuncio á ellos.

MARQ. ¡Oh! no permitiré...

BARON. Será en vano. *(Los rompe.)*

EUGENIA. ¿Qué hace usted!

MARQ. ¡Baron!...

BARON. Estamos solventes. ¡Adios! *(Entra en el tocador.)*

ESCENA ULTIMA.

EL MARQUÉS.—EUGENIA.—FERNANDO.

MARQ. ¡Infeliz! Yo leo en su corazon despedazado por el remordimiento, y veo que todos los placeres y todas las riquezas del mundo no pueden consolarle de los sinsabores que está sufriendo. Poco me ha faltado á mí para llorar en mis últimos dias una suerte semejante á la suya, pero mil veces más infausta.

EUGENIA. Todos, padre mio, hemos corrido igual riesgo, y por lo mismo debe ser mayor nuestro gozo y más profunda nuestra gratitud á las bondades de Dios.

MARQ. Infinitas han sido para conmigo, y sobrada mi mengua cuando para hacerme digno de ellas no me ha bastado el ejemplo de vuestras virtudes, y he necesitado recibir lecciones de quien nunca creí que me las pudiese dar. ¡Oh! no serán perdidas. Yo acaso pudiera sin escrúpulo de conciencia aceptar los dones de don Próspero; pero tambien debo á Dios y á los hombres una solemne reparacion. Emplearé en obras de caridad todo el importe de esos créditos.

FERN. ¡Ah señor! yo felicito á usted con toda la efusion de mi alma por tan noble resolucion.

EUGENIA. Cobrará usted en bendiciones los réditos del capital, y con recibir nosotros la de usted veremos tambien remunerados con usura nuestros pesares.

MARQ. ¡Sí, hijos mios! ¡Abrazadme! *(Los abraza.)* Ambos sereis el apoyo y el orgullo de mi vejez.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 15 de Marzo de 1853.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Melchor Ordoñez.